APUNTES

SCUELA DE TEATRO PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATO

ESCUELA DE TEATRO

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

"APUNTES" N° 85 - NOVIEMBRE 1979

EDITORA: M. VIOLA VELASQUEZ M.

EUGENIO DITTBORN
DIRECTOR

GISELLE MUNIZAGA
DIRECTOR RESPONSABLE

RAMON LOPEZ CAULY
DISEÑO Y DIAGRAMACION

DIAGONAL ORIENTE 3300
Teléfono: 256097
Anexo: 19

SANTIAGO DE CHILE

CENTRAL APUNTES D.G.E.U.C.

Contenido de la revista "Apuntes" N° 85
Noviembre 1979.

------ooOoo------

ENTREVISTA A JACK EDWARDS

POR:

SONIA FUCHS Y CONSUELO MOREL.

Jack Edwards, diseñador y vestuarista inglés, fue invitado a Chile por la Universidad Católica con el patrocinio del Instituto Chileno Británico, para realizar el vestuario de la producción de la obra de Shakespeare "HAMLET" en la temporada teatral 1979.
Este realizador de vasta trayectoria en Europa, obtuvo un OSCAR de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood, por el vestuario de la película "Barry Lyndon".

1.- Muchas personas quisieran saber acerca de su formación y trabajo en Inglaterra. Concretamente existen estudios especializados en este arte, existen corrientes? Cómo podrían esas corrientes o pensamientos llegar a nuestro

país?

Yo empecé a desarrollar mis inclinaciones por traje teatral cuando tenía cinco o seis años. Vivía en el campo en un lugar donde no había teatro; solía hacer pequeñas figuras de arcilla de personajes, e inventaba cuentos de hadas e incluía en este a amigos; por supuesto los personajes eran muy simples y esquemáticos. A estos personajes yo los vestía. Cuando yo tenía ocho o nueve años, me fui a Londres de vacaciones y compré mi primer libro de diseño de vestuario. Había ahorrado toda mi mesada para comprar un libro del siglo XVI que era el primero de una serie que finalmente adquirí en su totalidad, cuando terminé el colegio tenía un pequeño dilema: no sabía que hacer con mi vida, porque terminé el colegio muy joven. Mi padre quería que entrara a una academia militar. Acudí a mi madre, que estaconectada con alguien de la alta costura en

Londres, y aprendí durante dos años alta costura en cosas muy simples en un subterráneo sin sol ni aire, me dedicaba a recoger alfileres, a preparar tazas de té y sobre todo a observar como se cortaban las telas y como se prendían las telas con alfileres a los maniquies. Dos años hice esto, y los dos siguientes tuve que hacer el servicio militar. Una vez terminado, me dediqué por cuatro años al mismo trabajo anterior. En las tardes asistía a un college para estudiar confección de moldes y el diseño de modas lo que no estaba necesariamente conectado con el teatro sino con la alta costura. Y durante el día trabajaba para esta firma en la cual aprendí a cortar con tijeras y con cuchillo de hoja circular (que corta hasta 200 moldes a la vez); aprendí también a seleccionar aquellas telas que tenían buena caída y "drapeaban" bien. Aprendí a hacer costuras y a probar trajes y a trabajar intensamente en lo que se

llama "stand work" (cortar de pie). Cortar en el maniquí y nó sobre la mesa. En este trabajo seguí siempre en Inglaterra y disponía de tres figuras de diferentes tamaños donde colocaba los trajes. Así trabajé por muchos años hasta que después decidí hacerlo por mi cuenta. Tuve un entrenamiento artístico sólo por 18 meses y todo el resto lo aprendí en organizaciones donde se aprendía "haciendo", que es la mejor manera de aprender. Estando en una escuela o instituto de arte se aprenden muchas ideas bellas, pero si no se llevan a la práctica ellas no sirven. Lo mismo sucede con el actor que estudia en una academia de arte dramático en Inglaterra. Cuando sale de allí, los directores se pasan más de un año apoyándolo en todo aquello que no adquirió en la Academia y colocándolo en una situación práctica. Observar como se corta y se diseña ha sido el mejor entrenamiento que he tenido.

Cuando dejé eso empecé a trabajar por mi cuenta. En primer lugar creando trajes cotidianos y al mismo tiempo trabajando "free lancer" en hacer trajes para el teatro. En varias compañías privadas, por ejemplo la Royal Shakespeare Co. Esta compañía hace muchos montajes al año y el personal de planta de ella no es capaz de afrontar el gran trabajo que se requiere y por ello encargan a otros realizadores privados el diseño y confección de sus trajes. En este sentido no diseñé, pero sí realicé algunos de los trajes del "Gran Gatsby" de Scott Fitzgerald. Trabajé en muchas cosas de este tipo, y esta es más omenos la manera en que me he desempeñado en este campo cuando no estoy realizando otras actividades.

También hace diez años empecé a trabajar para una compañía de danza que realiza bailes históricos. Allí estuvieron bajo mi contral todos

los trajes durante esos años.

Si bien yo he sido formado de la manera que he expuesto, existen también en Inglaterra una escuela llamada la Central School of Arts donde hay una amplia gama de cursos para el diseño y confección del vestuario de teatro.

Aquí en Chile no conozco la organización en cuanto al diseño teatral que se hace para el teatro de este país. En Inglaterra es inmenso por la cantidad de compañías teatrales existen testy la gente es entrenada en diversas escuelas. Señalé el Central School por ser de los mejores, pero hay departamentos de diseño en todas las escuelas de arte en Inglaterra.

2.- ¿Cuándo diseña el vestuario de una obra realista de carácter histórico prefiere hacer una reconstrucción minuciosa o modificar a su inspiración el modelo histórico de un traje?

Me preocupo mucho, y tengo especial interés en la reconstitución histórica porque la he estudiado, y siempre trato de obtener la exacta "sensación" del período histórico. La silueta ha sido siempre de importancia para mí. Debido a que los trajes "históricos" no existen o existen sólo en los cuadros, los personajes en las obras artísticas tienen que ser más realistas y de esta forma uno contrae un compromiso artístico con el realismo histórico.

Sería más fácil mirar un cuadro y reconstituir los trajes exactamente, pero eso no sería muy atrayente para una mente creativa. Pero sí es atractivo tomar algunos aspectos del cuadro y usarlos en la reconstitución del traje. Yo trabajé en ambos aspectos. Prefiero hacer mis propios diseños basados en un conocimiento profundo de las épocas; pero siempre trato además, de reproducir los colores, los detalles y el cor-

te exactamente como hubiese sido en esa época precisa.

Creo que hay algunas obras que exigen una reconstitución muy acuciosa del vestuario porque están situadas en una época muy determinada, por ejemplo, si estuvieramos trabajando en Inglaterra en el período de la Comedia de la Restauración comprendida entre 1670 y el 1720 muy específicamente, no podríamos salirnos de la época por ser un período tan limitado, y los trajes no darían resultado sá se les colocara fuera de la época. Por ejemplo, en tiempos de Shakespeare los trajes eran todos de la época Shakespereana, aun aquellas obras romanas como "Julio César", "Simón de Atenas", etc., todas fueron montadas con trajes isabelinos y no con trajes del lugar en que transcurre la obra. Pero para un público de hoy sería inaceptable ver un "Julio César" con pantalón y chaqueta en vez de la toga romana. En el siglo veinte

cuando nosotros reconstruímos lo más fielmente posible la época en que transcurren las obras, la sensación más importante sigue siendo del siglo XX porque los rostros, las telas y los materiales son del siglo XX. Por lo tanto, hay una gran diferencia actualmente en el enfoque. Yo siempre he preferido trabajar dentro del período y luego inventar...

3.- ¿Qué aconseja para nuestro país entre estas dos alternativas, teniendo en cuenta de que carecemos de una "cultura histórica del traje", tanto porque tenemos poca vida cultural en el tiempo (nos descubrieron en el Renacimiento) como porque no tenemos modelos vivos que examinar y conocer (estatuas, cuadros, utensilios con imágenes, etc.). El público chileno podría aprender y educarse en una reconstrucción histórica del traje?

Sería muy fácil tomar cualquier camino en un pa

ís determinado si ese país no tiene conocimientos ni de estilos ni de modas. Eso no significa que el vestuario deba ser de alguna manera presentado como el original. Si nosotros visitáramos países como Bali o Bangkog seguramente ellos encontrarían nuestro vestuario tan raro como nosotros el de ellos. Pero Chile es un país civilizado con infleuncia europea y está expuesto a la televisión mundial. Sugiere que para las producciones de obras clásicas no debe hacerse mucha diferencia con el período en que se sitúa la obra, a menos que un director en especial decide ubicar una obra en un período que no corresponde a aquel en que fue escrita y por lo tanto, sea desconcertante para el público. Por ejemplo, hace algunos años el director Peter Brook dirigió la producción "Sueño de una noche de Verano" lo cual decidió devolverle a la obra su aspecto mágico para tal sentido eliminó el bosque, los trajes de hadas y

ese tipo de cosas. Ubicó la obra en un circo que era una caja blanca y vistió a los personajes en simples trajes blancos usando mecanismos circenses tales como trapecio, juegos acrobáticos y la destreza física para crear la magia de un teatro de ilusión. Al comienzo el público se desconcertó y pensó que era una obra "vanguardista" pero cuando la vieron comprendieron lo que Brook pretendía. De la misma manera se puede hacer aquí en Chile, quizás si estuviéramos haciendo varias obras de Shakespeare, no sé si resultaría o no con el enfoque del director que hemos mencionado. Personalmente no creo que este tipo de obras resulten en trajes modernos; sin embargo, aún cuando es viable tomar este camino, yo creo que se destruya parte de la obra ya que aparte del lenguaje hay demasiadas referencias y aspectos de la época (como por ejemplo que hoy en día la gente no anda por la calle con espadas y dagas) que no esten de acuer-

do con los trajes. Aquí en Chile el público -tanto como el público europeo- debe ser educado lentamente (y eso no significa que haya que pararse en el escenario y gritarle "esto es lo que Ud. debe ver y entender"). Pero con la constante observación del cine y la televisión, es más fácil hacer que el público ACEPTE ESTAS COSAS, y piense lo mismo con respecto al teatro y las artes visuales.

No sé si resulta igual con todas las obras, para mi opinión es que no se debería tratar de destruir la intención del dramaturgo y el período en que transcurre aduciendo que nadie lo podría entender. Sostengo por el contrario que las entenderán mucho mejor.

4.- ¿En qué sentido el vestuario puede definir a los personajes de una obra y viceversa?

En primer lugar el vestuario en teatro ha pasado por diferentes aspectos. En el siglo XIX el teatro de Sir Henry Irving fue un teatro muy elabo-

rado y era un teatro en donde los trajes se les confeccionaban personalmente a cada actor de acuerdo a su rango y si usted era un actor de más bajo nivel y estaba ubicado en un segundo o tercer plano se suponía que ese actor pasaría desapercibido, de la misma manera como el señor Irving tenía permanentemente un foco sobre él y había un área especial dentro de la cual él se desplazaba y a nadie más le era permitido entrar en ella. Por lo tanto, todo era enteramente falso, y esto se siguió desarrollando en el siglo XX en que igualmente los trajes eran muy elaborados hasta que en 1958-60 en Stratford upon Avon todos los trajes se hicieron con mucho colorido, porque se han hecho grandes descubrimientos respecto al corte y se han usado materiales de manera distinta, no simplemente lo que hay en el mercado.

El traje debe ser siempre el preciso para el personaje y el actor debe sentirse cómodo en él; e-

demás, el traje no debe distraer demasiado y debe caerle bien a la persona que lo usa y viceversa el actor debe saber como es el traje. No se saca nada con tener un buen traje que le quede bien si el actor no sabe desenvolverse al interior de él y esta es una falla muy grande en la confección del vestuario en la mayoría de los países donde los actores no están entrenados en la tradición clásica del valor del traje. Este define su estilo y la manera como trabaja en él, le da forma al personaje, pero si un actor no ha sido entrenado para usar una capa por ejemplo, o tomar una espada o como sacarse el sombrero, entonces falla totalmente el traje. Por muy bello que sea o por muy bien que le quede, de nada servirá si el actor no sabe como usarlo y los diseñadores no debieran diseñar trajes demasiado elaborados y complicados para actores que no sabrán después como usarlos. Uno debe trabajar en ambos senti

dos. En Inglaterra los actores están entrenados en una tradición clásica, aunque mucho menos ahora que en otros tiempos, pero todos los actores en teatro y en televisión comienzan en el teatro clásico. En este momento se usan actores que no tienen ni bellas voces, ni entrenamiento corporal adecuado, pero que están estrenados para obras modernas porque hay muchos dramaturgos modernos hoy en Inglaterra, pero, desgraciadamente ha surgido un nuevo estilo de actores que no sabe: a) usar un traje y b) como decir sus textos. No tienen el control del traje debido a que no poseen la fuerza del entrenamiento clásico que es intenso y por lo tanto los prepara para esta experiencia.

5.- ¿Estima usted que -tratándose de trajes de la época- se debe ensayar con ellas a fin de que los,actores se acostumbren a la expresión corporal que el traje exige y se obtenga más propiamente el "estilo de la época"? Lo dicho

vale para los accesorios (pelucas, guantes, zapatos, anteojos impertinentes, etc.).
Voy a contestar brevemente. Nunca es posible disponer de todos los trajes durante los ensayos, nunca están hechos a tiempo y siempre hay apuros y ajustes de última hora. Pero los actores son gente que se adaptan y pueden simular aspectos de su vestuario usando faldas o capas o pedazos de madera en su cintura para simular espadas. Yo pienso que todos los actores deberían usar el calzado que llevarán en la obra lo más pronto posible para que sepan exactamente lo que harán con sus pies. En cuanto al traje, debe entregárseles lo antes posible a fin de que se familiaricen con él.

6.- Ud. trabaja con gran cuidado todos los trajes y sus terminaciones en la costura, ¿por qué si en el teatro es poco lo que se ve desde la sala? ¿O estima que el traje artesanal de costura debe ser perfecto porque también es una for-

ma artística? Entregue un mensaje a los técnicos chilenos sobre el valor y la importancia del trabajo artesanal bien hecho.

En las primeras tragedias los trajes eran vistos de diversas distancias. En cualquier lugar que Ud. se siente en un teatro, verá siempre las partes externas de él por lo que debe estar bien realizado. El traje además se usará varias veces y por meses, durante cada representación con un uso muy intenso. Es sabido que si se usa un pantalón o capa más de cinco días, éste debe ser planchado o limpiado y lo mismo sucede con las piezas internas del traje.

El detalle de las terminaciones de los trajes puede parecer un tanto preciosista y es porque me gusta terminarlos en forma perfecta. Es la manera como se realizan los trajes en Inglaterra, con terminaciones perfectas y firmes.

El mensaje a la gente que trabaja en este campo en Chile, es de no subestimar el potencial que

se tiene con el traje; lo que quiero decir es que los trajes deben tener gran cantidad de tela para que tengan caída y solidez. Usamos trajes en sl siglo XX que son muy livianos porque vivimos en casas calefaccionadas y viajamos en automóviles y metros, pero en el siglo XIX los trajes eran muy pesados y hechos de muchas capas de tela, con barbas y con mucho metraje de material. Mientras era posible costearlos, mayor cantidad de tela se le ponía a los trajes porque en el escenario un traje debe ser: a) realista y b) levemente más grande que en la vida diaria por cuanto debe impactar. Esto no quiere decir que debe sobrepasar al texto sino que el traje debe integrarse y servir al texto. Pero es necesario crear una imagen visual que agrade y también una visión teatral que vaya con la escenografía e iluminación. Uno debe estudiar la iluminación y escenografía al mismo tiempo que se realiza el traje para que todo resulte bien.

No conviene llevar a escena a una reina en una obra en que se supone es una figura real con poca cantidad de tela porque se verá pobre y simple pues tales personajes usaban trajes elegantes.

Las terminaciones de los trajes son muy importantes tanto exterior como interiormente, pero externamente el traje debe ser absolutamente perfecto. Puede ser pintado, sopleteado o envejecido pero hay que tratarlo como si fuera una pintura.

7.- ¿En un país en el que casi no pueden invertirse grandes sumas en vestuario existen fórmulas de sustitucion en materiales que suplan esta pobreza? ¿Cómo se hace en Inglaterra? Explique, con ejemplos, estos procedimientos de sustitución.

Para empezar quiero decir que estoy desilusionado con respecto al vestuario que se hace en Europa y particularmente en Inglaterra ya que a la

gente de teatro se le entrega grandes cantidades de dinero para el diseño de las producciones. El estado subvenciona al Teatro Nacional y a la Royal Shakespeare Co. quienes siempre se quejan que están sin presupúesto al final de la temporada, a pesar que el gobierno les da una cantidad x de millones de libras al año. Se podría decir que los dos teatros trabajn a plena capacidad, (teatro lleno) y por eso a los diseñadores se les da plena libertad para que inventen vestuario, pero esto los echa a perder ya que disponen de una gran cantidad de dinero, como quién dice "allí tienen, gasten".
Indudablemente es mejor trabajar con buenos materiales porque duran más pero creo que la gente no se las arregla suficientemente. En teatros como los de ustedes o aún en los nuestros como el Fringe Theatre, uno puede, o tiene que arreglárselas con materiales más baratos porque hay muchos substitutos, porque después de todo

es ilusión. Es ilusión para los actores e ilusión temporal para el público y por lo tanto el vestuario y los accesorios también pueden ser ilusiones, pero uno tiene que ser muy inteligente y cuidadoso en su uso. Por ejemplo, si hay una tela maravillosa que cuesta $1.000 el metro, suma que uno no puede gastar, pero que es el género que uno quisiera tener, entonces se debe comprar algo que lo substituya y que produzca el efecto deseado y esto es posible de hacerse. Cuando uno se ve enfrentado a estos dilemas, está forzado a hacerlo. En Inglaterra, desgraciadamente, a la gente se le da demasiado dinero y muchos diseñadores se ponen a experimentar con telas que ni siquiera se usan para vestuario.

Hay un caso clásico producido hace algunos años atrás. Se trata de la producción "Revengers Tragedy" una obra jacobina donde el diseñador experimentó en más de 600 metros de tela, la que fi

nalmente no fue usada porque después de teñida se desintegró. Hubo que rediseñar la producción. Lo mismo sucedió en la producción de "Macbeth" de Paul Scofield cuando el diseñador hizo los trajes de un material plástico tan grueso que impidió que los actores pudieran respirar; por lo tanto, los trajes fueron rehechos en pieles de animales; pero estos tampoco le parecieron los trajes adecuados al director y diseñador en cuanto al color, y fueron, finalmente, sopleteados con una pintura que los dejó en la misma situación que los trajes plásticos, los actores seguían transpirando... La gente gasta mucho, mucho dinero, hay mucho exceso.

------ooOoo------

RESEÑA DE LA TEMPORADA TEATRAL ENERO-SEPTIEMBRE DE 1979

Por: María de la Luz Hurtado

Veinticinco grupos han presentado, dentro del circuito comercial santiaguino, treinta y seis (°) obras en la actual temporada teatral en un momento en que se anuncian más estrenos de fin de año. Catorce de estos grupos son compañías que tienen ya una trayectoria de algunos años, durante la cual han ido definiendo y madurando su línea expresiva y, a través de ella, encontrando su público. Paralelamente, se observa una dinamización de la actividad teatral a través de festivales de teatro, concursos, giras y labores de extensión promovidas por organismos culturales.

(°) Se incluyen todas las obras presentadas este año, incluso las estrenadas en 1978 y que aún permanecen en cartelera.

Sin embargo, es necesario mirar tras estos indicadores cuantitativos gruesos para realmente calificar el tipo de aporte cultural y la solidez que pueda poseer este medio expresivo.

Aún cuando es imposible profundizar aquí en la diversidad de aspectos que fundan y caracterizan la práctica teatral, resalta con gran fuerza la heterogeneidad no sólo de tendencias, estilos y géneros dramáticos existentes, sino también de los objetivos culturales, condiciones económicas, capacidad de acceso a los públicos y formación profesional de los grupos que hoy operan, lo que hace difícil establecer un cuadro con líneas definidas, o al menos comparables.

TEATRO CHILENO.

El primer polo dinamizador de la actividad teatral santiaguina la constituye -en el plano expresivo- el teatro de autoría nacional: dieci-

nueve obras de dramaturgia chilena han sido puestas en escena; obras en su mayoría de reciente creación.

Este teatro chileno presenta principalmente tres vetas.

La más significativa corresponde a un teatro que busca expresar -mediante una síntesis artística- personajes, conflictos, atmósferas, temas que afectan directamente a sectores de chilenos en la actualidad. Teatro que brota inspirado en la contingencia, pero que muchas veces logra una proyección universal.

Es realizado fundamentalmente por compañías independientes que desde hace algunos años, pese a su precaria situación económica, están en la tarea de constituir grupos creativos capaces de conjugar la autenticidad temática con un nivel expresivo de nival estético y artístico. Estos grupos -como el teatro Ictus, Imagen, La Feria, Taller de Investigación Teatral- a los que se

han incorporado recientemente entre otros La Falacia y el Teatro Universitario Independiente, han indagado en nuevas formas de producción teatral, ya que sus obras no surgen ni de la dramaturgia de autor, ni de creaciones colectivas hechas a la manera de los inicios de la década del 70. Valorando las posibilidades expresivas que brinda el lenguaje escénico, es que se plantea la creación dramática en base a una participación conjunta de actores, director y dramaturgo, respetando la especificidad de cada función. La obra teatral se va así elaborando arriba del escenario, y obtiene en la puesta en escena, luego en contacto con un público presente, su principal fuerza y riqueza significativa, por sobre su valor literario como texto.

Suele imperar el realismo crítico, con lo que se produce una continuidad con la dramaturgia de la generación del 50. Continuidad general que asume características específicas: en vez

de tipos humanos polares, representantes del bien o del mal, defensores de una determinada moral mediante una discusión intelectual sobre su vigencia en la sociedad y relativas fundamentalmente a sectores de la burguesía, aparecen personajes populares, mostrados desde dentro tanto en sus valores como en sus debilidades, y contradicciones, cuya realidad y trasfondo ético no se va manifestando a través del discurso sino que a través de las situaciones en las que se ubican y de las acciones que realizan en ellas.

En algunas obras se incorpora con mayor fuerza el humor, que brota tanto de la picardía popular como del reconocimiento de situaciones típicas, abordadas en forma directa y descarnada. "Tres Marías y una Rosa" del Taller de Investigación Teatral y David Benavente aparece como una importante revelación teatral en esta perspectiva, ya que suma a la profunda incursión en

una realidad social hoy relevante y dramática -aunque ejemplar- (el taller laboral en que trabajan un grupo de pobladoras, esposas de cesantes) una puesta en escena dinámica, entretenida llena de ternura, colorido y movimiento. Esta rescata en los personajes una forma no sólo de hablar sino que de moverse, mirar y callar de ese sector de chilenas. La sensitiva actuación corresponde a tres actrices egresadas recientemente de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, y una egresada de la Escuela de la Universidad de Chile. Dirigió Raúl Osorio.
En "Por Sospecha" de Luis Rivano, montada por jóvenes del Teatro Universitario Independiente, nos encontramos con tres personajes populares que comparten una misma dura y enigmática situación presente -prisión por "sospecha"-. Situación que los lleva a compartir también otros niveles de su existencia y de su historia -pasada y futura- sueños, esperanzas, frustraciones e

historias. La puesta en escena, actuación y lenguaje son directos, tanto en su crudeza como en su permanente humor agudo para referirse a su realidad.

El naciente grupo semi-profesional La Falacia, también realiza un aporte al medio con "Loyola, Loyola", de Julio Bueno y Cristián García Huidobro. Obra que, escapando al realismo, se articula en base a una sucesión de sketches satíricos que caricaturizan personajes y situaciones en un intento por desmitificar el personaje popular "el guatón Loyola" al atribuirle facetas no siempre ideales a este chileno "típico".

En "Testimonios sobre las muertes de Sabina" de Juan Radrigán, obra de "autor" de factura más tradicional, dirigida por Gustavo Meza con la participación de Ana González y de Arnaldo Berríos, aparece el drama de una pareja de vendedores callejeros cuya vida había transcurrido entre su humilde puesto de frutas y su familia.

Repentinamente, por una incomprensible orden municipal, son multados y pierden su fuente de trabajo y conjuntamente con ello, su posibilidad de subsistencia tanto económica como psicológica y afectiva.

Curiosamente, vemos que los más importantes aportes en lo que va corrido del año ha sido hecho por grupos jóvenes -aunque respaldados por directores o dramaturgos experimentados. Compañías como Ictus, Imagen, La Feria, sólo han presentado obras estrenadas en años anteriores ("Cuántos Años tiene un Día", los primeros; su trilogía "Te Llamabas Rosicler", "El Ultimo Tren" y "Lo Crudo, Lo Cocido y lo Podrido" los segundos; y "Una Pena y un Cariño", los terceros), pero su permanencia en la cartelera -especialmente en el caso de Imagen- revela el interés que sus obras despiertan tras un año o más de exhibiciones. Su presencia se ve tambien reforzada por la importante participación

que han tenido en eventos internacionales:Ictus representó a Chile en la Conferencia Inter-American de TOLA (Theatre of Latin America) realizado en EE.UU. y la obra de Marco Antonio de la Parra, "Lo Crudo, Lo Cocido y lo Podrido" ganó el primer premio de dramaturgia en el mismo evento.

La veta de dramaturgia chilena realizada en la actualidad no aspira a ser teatro-de-arte- como los primeros, sino que enfatiza la función de distracción y pasatiempo que este medio también satisface. Miguel Frank se ha convertido en el principal escritor de este tipo de teatro, que se presenta fundamentalmente en restoranes como café-concert. Isabel Sunnah, Violeta Vidaurre y Jorge Alvarez forman una compañía que los lleva al escenario.

Finalmente, también se reviven en los escenarios nacionales obras de importantes dramaturgos chilenos de otras épocas. Así el Teatro Itinerante

del Ministerio de Educación y Universidad Católica presentan a través de Chile "Chañarcillo" del ya clásico dramaturgo Antonio Acevedo Hernández, destacando en la puesta en escena del joven elenco dirigido por Fernando González una dimensión pintoresquista y costumbrista de la obra.

Asimismo, el Teatro Nacional de la Universidad de Chile inicia el año con la presentación de "Navidad en el Circo" de Luis Alberto Heiremans, obra de gran belleza poética y humanidad que se inspira en una navidad de circo pobre.

Esta obra, al igual que su otro estreno nacional, "Martín Rivas" adaptación teatral de la obra literaria de Blest Gana, fueron presentadas durante la década del 50 por el entonces Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. En su actual versión -bajo la dirección de Juan Pablo Donoso- se realiza una re-construcción de la época que ilustra la novela (siglo XIX),

satisfaciendo así una función didáctica tanto desde el punto de vista histórico como artístico-literario.

Final mente, la Compañía de Silvia Piñeiro rescata una comedia de Barros Grez "Como en la Gran Ciudad", esta vez convertida en una comedia musical con adaptación de Hernán Letelier y música de Francisco Flores del Campo.

TEATRO CONTEMPORANEO.

La otra gran veta la constituye el teatro extranjero, del cual se estrenaron catorce obras. A diferencia de épocas recientes en que primaba el teatro clásico, ahora en su mayoría son obras contemporáneas.

Por ejemplo, el Teatro Nacional presenta "La Casa de Bernarda Alba" de Federico García Lorca, en un novedoso montaje del joven director Abel Carrizo. También el genial dramaturgo alemán Peter Weiss -autor de Marat Sade"- vuelve a estar

en los escenarios chilenos, esta vez mediante "De cómo el Sr. Mockinpott consiguió liberarse de sus padecimientos", presentada por el grupo semi-profesional Piralé, auspiciado por el Goethe Institut. El Grupo de Cámara, recientemente creado e integrado por Paz Irarrázaval, Ana María Palma, Nelson Brodt, Mario Lorca y Jorge Alvarez montaron la aguda y divertida obra "El Buen Doctor" basada en cuentos cortos de Anton Chejov.

En cuanto al teatro que recoge los últimos estrenos europeos y norteamericanos no han habido obras que signifiquen un aporte ya sea en el terreno dramático como en el expresivo o de puesta en escena. Aún así algunas de ellas han tenido éxito de público, manteniéndose varios meses en cartelera. Podemos mencionar la comedia "Los Dormitorios" presentada por Le Signe; la comedia musical "El Diluvio que Viene", dada en el Casino Las Vegas por la empresa de Jo

sé Aravena en un marco espectacular y apoyada por una gran campaña publicitaria. "Harold y Maude" con la actuación de Pury Durante. El gran ausente del repertorio de este año, como en el pasado reciente, es el Teatro Latinoamericano. Teatro que debiera recogerse, debido a que su problemática y también en ocasiones sus formas expresivas, nos son generalmente más próximas que aquellas provenientes de Europa o Norteamérica.

TEATRO CLASICO.

Las Universidades nuevamente fueron las encargadas de poner en escena teatro clásico. La Universidad Católica se impuso una alta meta al escoger una de las más grandes tragedias de Shakespeare, "HAMLET", realizando el primer estreno de esta obra en el teatro chileno. Su director, Raúl Osorio, se propuso acercar la obra a nuestro tiempo. Primeramente, mediante una adap

tación del texto, vertiéndolo a un lenguaje más fluído y comprensible sin por ello perder su dimensión poética original. Luego, rescatando en la puesta en escena las relaciones sociales más que los psicológicos, o líricas, convirtiendo a Hamlet (Héctor Noguera) en un personaje activo, centrado en la misión de ordenar el caos, de develar la mentira y podredumbre que reina en su sociedad.

El Teatro Nacional de la Universidad de Chile presentó el ya clásico "Cyrano de Bergerac" de Rostand, montada por su director, Hernán Letelier. Otro clásico -"La Apología" de Sócrates- fue presentada, en adaptación de María Maluenda por el ya veterano maestro del Teatro Universitario, Roberto Parada. En este monólogo demostró su talento, dominio escénico y fuerza expresiva, homenajeado con su presentación al Teatro Chileno, en la despedida de su trabajo profesional de actor. Las palabras de Sócrates, que hablan de

juicios injustos, del imperio de falsos poderes y ambiciones que acallan y condenan a un hombre sabio y recto es un mensaje vigente que Parada renueva con su monólogo.

TEATRO VOCACIONAL UNIVERSITARIO.

Nuevamente, grupos de teatro aficionados revitalizan la producción teatral nacional, en el segundo Festival de Teatro organizado por la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) que se desarrolló, (no sin dificultades operativas durante el mes de Septiembre. En ella, se presentaron más de una docena de obras realizadas por alumnos de las diversas facultades de la Universidad de Chile. En su mayoría fueron obras de creación colectiva, que daban cuenta con imaginación, audacia y honestidad, los problemas, preocupaciones y visión de mundo de los jóvenes estudiantes. Esta muestra manifestó la importancia que para la actual juventud

tiene la expresión artística a través del teatro, y también la acogida sentido de comunidad que ésta genera en los espectadores que llenaron los lugares de exhibición y apoyaron a los actores durante sus presentaciones.

NUEVOS PUBLICOS PARA EL TEATRO.

También es importante recalcar la labor de difusión del teatro a nuevos públicos que está realizando el Teatro Itinerante dependiente del Ministerio de Educación y Universidad Católica -a través de las distintas regiones del país-, y el plan de Teatro a las Comunas, en Santiago, que lleva en forma rotativa diferentes obras a los sectores periféricos de esta ciudad.
El entusiasmo con que son recibidas estas muestras manifiesta la avidez que existe en estos sectores -que sólo tienen acceso a la comunicación masiva- por participar en expresiones artístico-culturales más elaboradas. Por ello, esta

labor, podría ser acrecentada si se incorporara también a estos planes mayor número de compañías que expresaran la diversidad de tendencias y formas teatrales que se realizan hoy en Chile.

Finalmente, día a día se perfecciona el sistema de incorporación de la juventud estudiantil al teatro. Actualmente, ambas universidades realizan una política de divulgación preferente a este sector, "Hamlet" por ejemplo, ha sido presenciado por 40 mil estudiantes provenientes de todos los sectores de la comunidad santiaguina. De esta forma se amplía el público para el teatro, planteando a los realizadores una gran exigencia para que respondan con el adecuado nivel de calidad ética y estética a esta creciente demanda.

------ooOoo------

PROLOGO A LA OBRA "EL AVARO"
DE: DANIEL BARROS GREZ

Por: Eugenio Dittborn

En este número se incluye una obra inédita de Don Daniel Barros Grez titulada "El Avaro". Hemos creído que su inclinación constituye un aporte importante a la difusión y conocimiento de nuestro teatro nacional y al mejor estudio del autor considerado, con razón, uno de los más importantes de nuestra dramaturgia. El hallazgo de esta obra de Barros Grez y de otras suyas consideradas inéditas en nuestra Biblioteca Nacional es el fruto de una investigación que lleva a cabo nuestra Escuela de Teatro con un grupo de profesores investigadores patrocinada por la Dirección de Investigaciones de la Universidad.

Este trabajo de largo aliento -pues pretende estudiar y comentar todo el teatro chileno desde la Independencia hasta nuestros días- ha comenzado a dar sus frutos. Recorrer las carillas escritas a mano por el dramaturgo hace más de cien años ha sido para nosotros una experiencia emocionante. El pasado de nuestro teatro ha sido en verdad muy poco estudiado y menos por los hombres de teatro. El estudio más extenso y más documentado de don Eugenio Pereira Salas hecho con proligidad y profundidad llega solo hasta 1848 y es más bien histórico que teatral. Conocer a Chile a través de sus manifestaciones teatrales es la idea central dominante en la investigación y "El Avaro" nos entrega una buena forma de conocimientos de costumbres y tipos de la época en que fue escrita. Leyendo con atención sus escenas aparecen modos de vida y formas de relación humana típicamente nuestras, aparte, naturalmente, del vi-

gor, gracia y desenfado con que el autor compo ne y presenta a sus personajes. Creemos que es ta comedia debe ser difundida en nuestro medio. Hay en ella valores teatrales de importancia; desde luego el estudio del personaje central mezcla de avaro y de enamorado, calidades de Moliere también hermana en su famosa obra homó nima. Don Pedro al igual que el inmortal Harpa gón padece de estas dos manías y las aventuras y situaciones en que se encuentra por padecer- las son graciosas y sabrosas, especialmente la escena final en que descubre a su ex-amante. Don Juan el huaso hermano del protagonista ha- ce recordar a Don Victoriano de "Como en San- tiago" tipo de personaje muy preferido del au- tor y que aporta en profundidad el tono costum brista a la comedia. Irene, por último, es un retrato femenino hecho con mucho encanto.

Daniel Barros Grez ha sido estudiado y co mentado por el profesor Ignacio Ossa (Q.E.P.D.)

en el N° 79 de nuestra Revista con ocasión de la publicación de otra de sus obras "El Ensayo de la Comedia". Naturalmente el profesor Ossa no cita "El Avaro" entre las obras de Barros Grez ya que entonces todavía no había sido "descubierta". Nos congratulamos de haber llevado a cabo este descubrimiento y lo ofrecemos en homenaje a la memoria del profesor Ossa. Transcribimos parte de ese estudio a nuestros lectores.

VALORACION DE LA DRAMATURGIA
DE DANIEL BARROS GREZ.

En sus obras predomina la acción única, desdoblada, la conducción externa de situaciones y desenlaces. Es frecuente el recurso de la intriga, especialmente la otra comedia que montan los personajes como inciativa privada. Con respecto al climax, su intensidad se relaciona con el ridículo alcanzado por el embaucador y la burla que desatan los fingidos burlados. Y

en ellos persiste el desajuste de la repentina agudeza.

Los personajes son dirigidos por el autor; les despeja el camino, arregla coincidencias, los anima de graciosos equívocos; de preferencia sucede esto con los jóvenes a través de insistentes "aparte" y, en otro orden, silenciando hasta el clímax la identidad de los respectivos enamorados.

El diálogo no es brillante de ideas o penmientos profundos; tampoco es definitivamente caracterizador del personaje; pero es ágil, despierta interés. Los monólogos son repetitivos o informantes, jamás creadores.

Sin embargo, hay cierta frescura poética en el lenguaje; a veces los diálogos trasladan significaciones conflictivas.

Pero lo que permanece con mayor entusiasmo es el tono moralista de su arte de comedia; debe su importancia al enfoque satírico, no ya

salpicado sino embadurnado de comicidad. Aquí se fundamente, entonces, el talento del autor y el atractivo de sus comedias.

Y otro hecho notable: algunas de sus comedias no pierden actualidad "Como en Santiago", "El Vividor", "El Ensayo de la Comedia". En este sentido, Barros Grez ha sido fundador: incorporó al teatro las costumbres sociopolíticas nacionales. Su tono moralista es proyececión del siglo XIX, pero la sátira liviana es propiedad exclusiva de su creación. Aunque exentos de complejidad o de cierta evolución, sus tipos son representativos de un sector de la sociedad; habitualmente pertenecen a la esfera urbana y regional de una clase media alta; no escasean los jóvenes idealistas, algunos con el estigma de poetas.

Allí subían a escena el parlamentario y su inoperancia de tono grave y moralista, señoritos desposeídos a la caza de fortunas, los an-

cianos que basan sus encantos irresistibles en las riquezas y propiedades; los vejetes revercidos pululan por livings y rincones. Así como el achacoso Romeo es un pillo redomado, la arrugada Julieta parece haber cosechado más ingenuida que experiencia.

Capítulo aparte merecen las esposas. Son amas e ideólogas del hogar. Ya es la que dirige al marido y participa de su ideario cívico "Como en Santiago", o, en otras ocasiones, se le opone, acompaña y respalda la vocación de sus hijos "El Vividor".

La obra de Daniel Barros Grez, definitivamente, es alentadora, optimista; en ella triunfa el bien, los jóvenes idealistas ven realizadas sus aspiraciones, se fustiga a los tipos retrógrados y banales; se ridiculizan vicios y desvaríos anacrónicos.

En el pequeño escenario de "El Vividor", por ejemplo, caben la ciudad y el país, mani-

festados en personajes cuyos gestos revelan antagonismos y tendencias de la colectividad, ideologías y proposiciones en torno al progreso cívico y espiritual de la Patria.

Con toda justicia, entonces, nos adherimos al juicio de que Daniel Barros Grez merece el título de fundador del teatro chileno y, agregamos nosotros, impulsor de su desarrollo.

------ooOoo------

"E L A V A R O"

(Comedia en tres actos)

De Daniel Barros Grez

Personas:

DON PEDRO	(El Avaro)
DON JUAN	(Hermano de Don Pedro)
IRENE	(Hija de Don Juan)
ANTONIA	(Antigua amante de Don Pedro)
JORGE	(Hijo de Antonia y Don Pedro)
SEBASTIAN	(Hermano de Antonia)

La escena pasa en Santiago, en casa de Don Pedro.

ACTO PRIMERO.- El lugar de la escena es una sala grande dividida en dos departamentos por medio de un biombo paralelo a la visual del espectador. En el departamento de la izquierda del espectador, que hace de sala, habrá una puerta en el fondo, que cae al gran patio exterior de la casa, y otra al lado contrario al biombo, que da paso a piezas interiores. En el departamento de la derecha (que es menor) se verá una puertecita, que cae al patio antedicho, y otra al lado, que conduce a la tienda de Don Pedro. La casa es de esquina entre las calles del frente y de la derecha del espectador, y la tienda estará en la esquina. La sala principal estará pobremente amueblada, con una estera de paja, una mesita cubierta con un mantel sucio, un escaño de madera blanca; dos o tres sillas de paja y un gran escaparate contra el biombo. En el otro departamento habrá una cama estrecha sobre un catre de tijera, un

gran baúl sobre banquillos, una caja de fierro, y en una esquina, una alhacena en la pared. Se verá una taza de lavatorio sobre un cajón de mercaderías, con un jarro desorejado en el suelo. El cielo de la pieza estará cubierto con género blanco, manchado por las goteras; roto en varias partes, y desclavado en uno de los ángulos del dormitorio. De las paredes blanqueadas con cal, penderán algunas estampas de santos, y una percha de colgar ropa, en el dormitorio, cubierta con una cortina de quimón pintarrajeado, tras de la cual estará además la caja secreta de Don Pedro.

ESCENA PRIMERA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- (SALE POR LA PUERTA DE LA DERECHA DEL ESPECTADOR, TRAYENDO, EN UN PAÑUELO, UN ATADO DE DINERO, QUE VACIA SOBRE LA MESA. ES LA HORA DEL CREPUSCULO DE LA TARDE) ¡Bueno va el negocio¡ Ah¡ ¡Y la puerta abierta¡ (CIERRA Y A

TRANCA LA PUERTA DEL FONDO, Y ENCIENDE UNA VELA DE SEBO) Nunca es bueno contar la plata en público; y en los tiempos que corren, conviene ser precavido... ... Uno, dos, tres... ¡Más precavido¡ cuatro, cinco... A mí me gusta la cuenta de la vieja: peso por peso... seis, siete, ocho... Este real no parece de ley. (LO EXAMINA ATENTAMENTE) Sí, señor; es de cobre... ¡Cuándo aprenderá este muchacho a conocer la plata falsa¡ Lo dejaremos a un lado... Nueve, diez... Y tenemos un diez... Este condorito es otro diez... Y aquí hay dos, tres, cuatro, cinco... Y son veinticino... El talego completo. (ECHANDO EL DINERO EN UN TALEGUILLO) ¡Qué venta tan espléndida¡ Y esto que falta todavía la noche¡ Dios me ha venido a ver, desde que tengo a este muchacho de dependiente. ¡Es una alhaja¡ Atento, servicial, de buen modo con los parroquianos, y sobre todo tan económico, que esta sola recomendación basta para quererlo.

Porque yo tengo para mí que la economía es la madre de todas las virtudes; y no doy tres nueces vanas por esos hombres sin juicio, que no saben estimar lo que tienen, es decir, que no saben estimarse a sí mismos... porque ¿qué otra cosa soy yo sino lo que tengo, desde que, si nada tengo, nada soy? Veamos ahora lo que queda en este otro restito, uno, dos, tres pesos, dos reales y un cuartillo y una mitad... Vaya¡ Y aquí hay un medio que le falta todo el cordón¡ (DANDO ALGUNOS PASOS HACIA LA DERECHA) ¡Jorge¡ ¡Jorge¡ ¡Qué muchacho¡ Merece una peluca. (VUELVE A LA MESA) ¡Y dejaba el talego solo¡ Yo debo estar loco, cuando me olvidaba de guardarlo. (TOMA EL TALEGO, Y SE DIRIGE A LA PERCHA. ABRE LA CORTINA; ABRE UNA PUERTECILLA QUE ESTA EN LA PARED, TRAS DE LA ROPA ALLI COLGADA; Y A TIEMPO DE METER EL SACO EN LA CAJA, APARECE JORGE POR LA PUERTA DE LA DERECHA).

ESCENA SEGUNDA.- DON PEDRO - JORGE.

JORGE.- Señor¡

DON PEDRO.- ¿Qué es esto? (DEJA CAER LA CORTINA) ¡Badulaque¡ Con que también tú me espías?

JORGE.- He oído que usted me llamaba...

DON PEDRO.- Y has dejado la tienda sola...

JORGE.- Quedó allí el chiquillo, señor.

DON PEDRO.- Sí¡ el chiquillo. ¡Bueno es el chiquillo para cuidar aquello¡... Véte a tu obligación... Pero, vuelve acá, y oye. Se me olvidaba decirte una vez por todas, que abras los ojos y despabiles el seso, pues de otro modo, acabarás por arruinarme.

JORGE.- ¿Yo, señor?

DON PEDRO.- Sí¡ Tú¡ ¿No ves? (LE MUESTRA LAS MONEDAS DESECHADAS) Aquí tienes un real de cobre y un medio gastado, que has recibido hoy... El otro día te pasaron por el aro, dándote una peseta de estaño. ¡Jorge¡ esto es no cumplir bien con su obligación; esto es arruinar al pa

trón...

JORGE.- Señor don Pedro, fíjese usted en que es imposible evitar del todo el que a uno le pasen monedas malas, mayormente de noche... y hasta de día, a veces, pues, como la tienda es tan oscura...

DON PEDRO.- ¿Y cómo la hemos de aclarar?

JORGE.- Abriendo una ventana, al lado del norte.

DON PEDRO.- Es decir, gastando dinero... Como tú no lo pagas... Abrir el portillo es nada, pero luego viene la reja de fierro, y en seguida, las puertas de madera, y después, los vidrios, y después... ¿Te parece que estoy tan rico, para meterme en esos gastos? No, hijo: así tuvo la esquina mi padre; así hizo en ella un capitalito, sin que nadie le pasara plata falsa, y así estará hasta que Dios me eche la tierra encima. No es luz lo que falta, sino celo y actividad. Abre el ojo hijo mío, porque el que pestañea pierde...

JORGE.- Señor, por más que uno abra los ojos, no puede verlo todo, pues una sola vela de sebo no basta para...

DON PEDRO.- ¡Otra te pego¡ ¿Con que te parece razonable tener la tienda alumbrada como una iglesia? Se iría todo en ver, y nos quedaríamos a buenas noches. Deja esas malas ideas, pues te repito que, sin economía, no hay negocio que medre. Abre el ojo; abre el ojo, Jorge, porque sino, me arruinarás.

JORGE.- En cuanto a eso, señor, yo pagaré con el sueldo, reponiendo en caja la plata que reciba por equivocación.

DON PEDRO.- Oh¡ Eres un buen muchacho, y se conoce que tiene un alma bien puesta, cuando dices una cosa tan justa... Pagarás con tu sueldo este realito y medio y toda la plata falsa que recibas... Ahora toma estas monedas para que las claves en el mostrador, a fin de que los señores compradores se fijen... Pero, no hi

jo mío: así perderías tú esta platita; y mejor será que yo se la pase a alguno de los que me vienen a pedir dinero a interés... Si me la repugnan, entonces me la pagarás tú, pues, de alguien he de recobrar lo que se me debe... Eres un buen muchacho; y para que veas que tengo confianza en tí, ponme este taleguito en la caja. (LE DA UNA LLAVE, MOSTRANDOLE LA CAJA DE FIERRO, Y JORGE GUARDA EL TALEGO) Ya ves, Jorge, como te hago dueño de mis secretos....Pon el talego en la tabla del medio... Ve que pobre está la caja, hijo mío... ¡Y quieres que gastemos en velas y en ventanas¡ Ahora vete a la tienda; y vivo el ojo¡ porque no todos vienen a comprar. (VASE JORGE)

ESCENA TERCERA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- Es un corazón de oro el de este niño¡ Ha nacido con el sentimiento de la justicia. ¡Vean no más¡ Al momento se le ocurrió pagar con su propio sueldo. Yo haré que no pier-

da este real y medio... Tengo el presentimiento de que a mi lado hará fortuna, porque lo he enseñado a guardar, que es la gran ciencia para enriquecerse, digan lo que quieran. Y a propósito de guardar, bueno será que el taleguito no quede aquí. (ABRE LA CAJA, Y SACA EL TALEGO) Aquí no estás seguro, hijo mío. (LE DA PALMADITAS DE CARIÑO) Esta caja es solo para desorientar a los curiosos... Yo les digo que aquí guardo mi dinero, a fin de que, si alguien tiene la idea de venir a robarme, lo que Dios no permita... ¡Ah¡ La sola idea me horripila¡... Pero si vinieran y abrieran esta caja, se llerían talegos llenos de concha... La platita está en otra parte... (LE ECHA LLAVE A LA PUERTA DE LA DERECHA) ¡Ah¡ Ladroncitos, ladroncitos¡ No está el huevo en donde cacarea la gallina¡ (PASANDO LA MANO POR SOBRE EL TALEGO, Y ENCAMINANDOSE A LA PERCHA) Venga hijito, a juntarse con sus hermanos. (ABRE LA CORTINA, Y ABRE LA

CAJA SECRETA) ¡Aquí están¡ Todos son hijos de un mismo padre. Aquí están mis fatigas, mis sudores, mis sustos, mis dolores de todo género¡ (PALPANDO CON LAS MANOS LOS TALEGOS) Ustedes son, hijos míos, la sangre de mis venas, las esperanzas de mi alma, el apoyo de mi vejez. El pan negro que como me sabe deliciosamente, cuando lo masco acordándome de ustedes, porque ese recuerdo me convence de que tengo con que comprar pan blanco. Esto es mejor que comer tortas de azúcar, con la conciencia de que mañana no habrá con que comprarlas... ¿Qué haría yo, solo, sin amigos, mirado de reojo por todo el mundo, rodeado de gentes dispuestas siempre a pedir, y nunca a dar?... La certeza que me asiste de que nadie me arrebatará mi tesoro fortifica mi espíritu... ¿Y quién será bastante osado para venir a... ¡No¡ No quiero pensarlo... Pero, por más que hago, no puedo echar de mí este miedo que... (GOLPEAN LA PUERTA DE LA SALA

QUE DA AL PATIO) ¡Ah¡ Ladrones¡ Ladrones¡ Jorge¡ (TRATA DE GUARDAR EL TALEGO, Y SE LE CAE DE LAS MANOS) ¡Jesús¡ ¡Yo tiemblo¡ ¡Jorge¡ Jorge¡ (EMPELLONES EN LA PUERTA DEL PATIO) ¡Oh¡ Echarán la puerta abajo, y... (JORGE HABLA DESDE DENTRO, GOLPEANDO LA PUERTA DE LA DERECHA)

JORGE.- ¡Aquí estoy, señor¡

DON PEDRO.- ¡Ah¡ Eres Jorge¡ Ladrones en el patio¡ ¡Corre¡ ¡Corre¡ (CONCLUYE DE GUARDAR; CIERRA LA CAJA, Y SE VA A LA SALA) ¡Antonio¡ José¡ tomen sus armas, y corran al patio¡ Nicolás con Cipriano se quedarán en la puerta de calle para cortarles la retirada... (APARTE: Así creerán que hay bastante gente en casa) ¡Rufino¡ trae el trabuco grande¡ (PONIENDO NUEVAS TRANCAS A LA PUERTA) Y tu Pancho, afirma bien la tranca, mientras preparo el fusil¡ (APARTE: Y es lo peor que no tengo arma ninguna¡)

<u>ESCENA CUARTA.</u>- DON PEDRO - JORGE - DON JUAN - AFUERA. PUERTA SIGUE ATRANCADA.

JORGE.- Señor¡ Abra usted¡

DON PEDRO.- ¿Eres Jorge?

JORGE.- Sí, señor... Está aquí un caballero que...

DON PEDRO.- ¿Un caballero?

JORGE.- Sí, señor.

DON PEDRO.- ¿Estás seguro de ello?

DON JUAN.- Pedro¡ Soy yo¡ ¡Abre la puerta¡

DON PEDRO.- ¿Y quién eres tú para venir a mandarme en mi propia casa?

DON JUAN.- Abre te digo. ¡Con mil diablos¡ ¿No me conoces por la voz? Soy tu hermano Juan.

DON PEDRO.- ¿Piensas engañarme? Mi hermano está en el Perú.

DON JUAN.- Ahora estoy en Chile¡ Si no me abres echo la puerta abajo¡

DON PEDRO.- (APARTE) En verdad que esta es la voz de mi hermano... pero ¿No podrían haber tomado los ladrones la voz de Juan para sorprenderme? (EMPELLONES MAS FUERTES CONTRA LA PUER-

TA) Aguarda, hombre¡... Oye Jorge¡ Acerca tu oreja aquí a la boca llave... Díme: ¿Es mi hermano Juan ese hombre?

JORGE.- No lo sé, señor, porque no conozco a Don Juan.

DON JUAN.- ¡Ya se me acabó la paciencia¡ (DA UN FUERTE EMPELLON A LA PUERTA, Y SALTA LA CHAPA).

DON PEDRO.- No entraréis, miserables, sino pasando por mi cadáver¡ (ENARBOLA LA TRANCA QUE TIENE EN LA MANO) ¡Atrás¡ Me pagarás con chapa, todo...¡

ESCENA QUINTA.- LOS MISMOS, EN LA ESCENA.

DON JUAN.- ¡Pedro¡ ¿Estás loco, hermano mío?

DON PEDRO.- ¿Yo loco, porque defiendo lo mío? ¿Y tú?

DON JUAN.- Muy bueno de salud. ¿No me conoces, hombre? ¿Así se usa ahora en Chile recibir a los hermanos?

DON PEDRO.- Ahora veo que eres mi hermano Juan;

pero como no sabía que estuvieses en Chile...

DON JUAN.- Acabo de llegar de Valparaíso... Vengo de Lima; y mi primera visita ha sido para tí.

DON PEDRO.- Muchas gracias, hermano... Siéntate; que yo también he menester sentarme, después del susto que me has dado... Dime: ¿Se usa por acaso en el Perú esto de llegar así de golpe y zumbido, tomando como por asalto las casas, sin la venia de sus dueños?

DON JUAN.- (RIENDO) Algo hay de todo eso, hermano mío; y bien puedo decírtelo yo, que he sido soldado en el Perú.

DON PEDRO.- Ahora no lo extraño. (A JORGE) Vete a la tienda; y si no vienen compradores, cierra y traeme la llave, porque no es bueno gastar luz en balde... Hasta el toque de ánimas ¿entiendes?

JORGE.- Sí, señor. (VASE).

ESCENA SEXTA.- DON PEDRO - DON JUAN.

DON JUAN.- Según veo, tú has seguido el mismo negocio de nuestro padre.

DON PEDRO.- El mismo, con la diferencia de que no alcanzo a hacer ni la mitad, porque los tiempos van de mal en peor.

DON JUAN.- Al pasar por la esquina, he visto la misma puerta verde con el mismo mostrador amarillloso y la misma vela de sebo sobre aquel candelero de cobre, tal como la dejé ahora veinte años.

DON PEDRO.- Así es, hombre: nada he mudado, ni nada cambiaré, porque yo soy muy conservador.

DON JUAN.- Tenía deseos de ver nuestra antigua morada... No han pasado años por ella... Esta era la cuadra; y solo echo de menos la tarima del estrado de nuestra buena madre, en donde ella nos hacía rezar aquellos tremendos rosarios con letanías, estaciones, credos y salves... Era el único defecto que tenía la Santa señora.

DON PEDRO.- Pues, hombre, yo los rezo todavía.

DON JUAN.- No puedo yo decir otro tanto... Estos son los mismos taburetes; y a fé que no se han ablandado, con la vejez... Ahí están aquellos santos milagrosos, de mi madre. Solo encuentro de más, este biombo.

DON PEDRO.- Lo compré a lance, para poner mi cama ahí detrás, pues como las demás cuartos no están en buen estado, me he reducido a esta pieza.

DON JUAN.- Por lo visto, no te has casado, Pedro.

DON PEDRO.- (SUSPIRANDO) Yo no estoy para estos lujos... ¿Y tú?

DON JUAN.- Yo me casé, en cuanto llegué a Lima.

DON PEDRO.- Con alguna niña rica, eh?

DON JUAN.- Era pobre.

DON PEDRO.- ¡Mal hecho, Juan¡ El matrimonio es negocio de lujo; y es preciso que la mujer ayude a pagar los gastos.

DON JUAN.- Ya la cosa no tiene remedio. Era hija de un caballero que había sido rico; pero que a la fecha, estaba ya medio arruinado por el juego.

DON PEDRO.- Peor que peor, pues así dabas con una mujer que tenía las necesidades de rica, sin el dinero para satisfacerlas.

DON JUAN.- Yo visitaba la casa; y allí se jugaba mucho... tú recordarás que yo llevé de aquí unos once mil pesos y tantos.

DON PEDRO.- Sí, me acuerdo. Cuando nos partimos de la herencia que nos dejó nuestro padre, tú preferiste tomar tu haber en dinero, y yo me quedé con la casa y el negocito...

ESCENA SEPTIMA.- DICHOS - JORGE.

JORGE.- Aquí está la llave, señor. (ENTREGA A DON PEDRO LA LLAVE DE LA TIENDA).

DON PEDRO.- Está bien. Ahora pon agua fresca en la alcarrara; y vete a descansar, hijo mío.

ESCENA OCTAVA.- DON PEDRO - DON JUAN.

DON PEDRO.- No dudo, hermano, de que con ese capitalito que llevaste de aquí, hayas hecho algo.

DON JUAN.- Lo que hice fue jugar.

DON PEDRO.- ¿Y ganaste?

DON JUAN.- Lo perdí todo.

DON PEDRO.- ¡Malo¡ Yo condeno todo juego; pero el juego en que se pierde lo recondeno. ¿Y tu esposa?

DON JUAN.- No pudiendo soportar la pobreza, se enfermó y murió de consunción, dejándome una hija.

DON PEDRO.- ¿Y el señor suegro?

DON JUAN.- Murió antes que mi esposa, dejándonos por toda herencia, la casa en que vivía, hipotecada en el doble de su valor. De manera que yo, para poder vivir, me enrolé en el ejército, después de hacerme ciudadano peruano. He militado en todos los partidos que tienen divi

dida a aquella república. Después de luchar en las filas del gobierno, iba a hacerme matar en las de la oposición, reservándome el derecho para pasarme al partido gobiernista, cada vez que así me conviniera. He sido, pues gobiernista, cartillista, Echeñiquista, clerical, liberal, retrógrado, civilista...

DON PEDRO.- Pero vamos al grano. ¿Has ahorrado algo del sueldo? Porque es seguro que tú no expondrías tu pellejo por ser vos quién soís...

DON JUAN.- Así es. Se me pagaba; pero no siempre, porque en el Perú se pelea muchas veces al fiado.

DON PEDRO.- Bueno, bueno. ¿Y los ahorros?

DON JUAN.- Se los llevó todos la sota.

DON PEDRO.- ¡Mala suerte¡ que sólo ahorrando se tiene. Y mientras tanto, en dónde estaba tu hija?

DON JUAN.- En casa de una tía solterona, que la ha educado.

DON PEDRO.- ¿Y es rica esa solteroncita?

DON JUAN.- Millonaria.

DON PEDRO.- De modo que mi sobrina heredará...

DON JUAN.- Ni migaja, hombre, porque la tía me aborrece.

DON PEDRO.- Pero ama a mi sobrina, sin duda.

DON JUAN.- Es verdad: más te diré lo que ha pasado. Yo no podía hablar con mi hija, porque la vieja me prohibió llegar a su casa. He tenido que robar a mi propia hija para traerla conmigo.

DON PEDRO.- De modo que has hecho perder a esa pobre niña una rica herencia? ¡Eso es no tener conciencia, hermano mío¡

DON JUAN.- Pero ¿era conciencia el tenerme separado de mi Irene?

DON PEDRO.- ¿Se llama Irene la niña? ¿Con que está en Chile?

DON JUAN.- Sí, en Santiago, me he venido con camas y petacas.

DON PEDRO.- Con tal que las petacas no venga va

cías...

DON JUAN.- ¡Ojalá tuviera siquiera las petacas¡ Para venirme, tuve que pedir dinero prestado a varios amigos.

DON PEDRO.- De manera que has llegado, no solo pobre, sino además con esas deudas...

DON JUAN.- ¡Si fueran esas solamente¡ Debo en el Perú a cada santo una vela; y por eso dije; ¡a Chile¡ ¡a Chile¡

DON PEDRO.- Y has cancelado así todas tus cuentas.

DON JUAN.- Cabal. No había otro medio.

DON PEDRO.- ¿Y qué piensas hacer ahora?

DON JUAN.- ¿Lo que pienso hacer? Desde luego cenar contigo...

DON PEDRO.- ¡Ah¡ pero es el caso que...

DON JUAN.- El caso es que me encuentro en ayunas. Estoy alojado con mi hija de una pobre mujer... Y como he sabido que estás muy rico...

DON PEDRO.- ¿Quién te ha dicho eso?

DON JUAN.- Al momento me dije: iré a ver a mi buen hermano...

DON PEDRO.- Mil gracias...

DON JUAN.- Le diré mi miseria...

DON PEDRO.- Pero, hombre, ¿a qué diablos fuiste a jugar tu patrimonio?

DON JUAN.- Le haré ver que no solo yo sufro los efectos de tal miseria, sino también mi hija, su sobrina...

DON PEDRO.- ¡Haberle quitado su herencia a esta pobre niña¡

DON JUAN.- Pero, si me venía solo, privaba a mi hija de su padre.

DON PEDRO.- ¿Y de qué sirve tener padre, si carece de que comer? ¡Juan¡ ¡Juan¡ ¡No es caridad lo que has hecho con esta pobrecita¡

DON JUAN.- A lo hecho, pecho... Ahora vamos a otro capítulo. Te repito que tengo una hambre digna de un padre provincial.

DON PEDRO.- ¿Tienes hambre? Es lo único que al

fin tienen los que dilapidan su haber, hermano mío. Esto es muy lógico.

DON JUAN.- Tan lógico como el que tú me des ahora de cenar.

DON PEDRO.- Está bien; harás colación conmigo.

DON JUAN.- ¡Colación¡

DON PEDRO.- Yo soy devoto del Cármen, y ayuno...

DON JUAN.- ¿Los Miércoles? Pero hoy es Jueves.

DON PEDRO.- También suelo ayunar los jueves. En fin, cenarás de lo que haya.

DON JUAN.- No te dé cuidado, pues yo me avengo a todo, y ya te he dicho que fuí soldado. Ordena que nos traigan pronto.

DON PEDRO.- Yo mismo serviré la cena. (SE ALZA DEL ASIENTO, Y VA AL ESCAPARATE) Ahora me hallo sin criado... Mal digo. (APARTE: No conviene que él me crea solo) Quiero decir que el mozo que sirve debe haberse recogido (APARTE: Este diablo podría muy bien hacer un desgraciado conmigo) Y como yo ceno muy parcamente... Pero voy

a hacerlo levantarse para que nos sirva. (SE VA AL OTRO LADO DEL BIOMBO, Y ABRE LA PUERTECITA DEL FONDO) ¡Jerónimo¡ ¡Jerónimo¡ (CAMBIANDO LA VOZ) ¡Señor¡ (CON SU VOZ NATURAL) Levántate pronto, hijo, y sírvenos la cena. (VUELVE A LA SALA) Este mozo es un tesoro que tengo: honrado, servicial, y muy adicto a mi persona... Pero como no hay mula sin tacha, duerme como un lirón. ... Eso sí que tiene un sueño muy liviano, y el más ligero grito lo despierta... Solo que, a veces, se levanta con un genio de Dios nos libre. ... (VASE AL OTRO LADO DEL BIOMBO) ¡Jerónimo¡ Ven a servirle la merienda a tu patrón, que se halla con su hermano de visita. (VARIANDO LA VOZ) Ya le he dicho a usted que no me gusta que me manden dos veces una misma cosa¡ (VUELVE A LA SALA) De mal humor se ha levantado.

DON JUAN.- (ALZANDOSE DE SU ASIENTO) ¿Quieres que yo le haga un remedio para ese achaque? Con un par de puntapies, les he compuesto el mal a

humor a muchos.

DON PEDRO.- No, Juan, por Dios; Mira que es un hombre muy esforzado. Siéntate; yo haré que nos sirva pronto. (VASE AL OTRO LADO DEL BIOMBO; SE PONE UN GRAN PONCHO; SE ATA LA CARA CON UN PAÑUELO DE ALGODON; Y, COLOCANDOSE EN LA CABEZA UN BONETE DE LANA, METE LOS PIES EN UN PAR DE SUECOS. EN SEGUIDA, ENTRA POR LA PUERTECILLA DEL FONDO, Y SALE A LA ESCENA POR LA DE LA SALA. ABRE EL ESCAPARATE, Y SACA DE ALLI ALNOS PLATOS, CON PAN, TROZOS DE QUESO, NUECES Y AVELLANAS, QUE COLOCA SOBRE LA MESILLA).

DON JUAN.- Más vivo, Jerónimo; Díle a la cocinera que nos mande luego la sopa... ¿No contestas, badulaque? (LO AMENAZA CON LOS PUÑOS, A TIEMPO QUE EL OTRO SALE).

DON PEDRO.- (DEL OTRO LADO DEL BIOMBO) Sé prudente, Juan; Ya te digo que ese hombre es terrible, cuando está con la suya; (VUELVE A ENTRAR POR LA PUERTECILLA, Y A SALIR POR LA DE

LA SALA, CON UN PAR DE BOTELLAS DE GREDA, QUE DEJA SOBRE LA MESA).

DON JUAN.- Muy bien, Jerónimo¡ Sin duda que la una es de vino y la otra es de agua. Trae los vasos; y que venga pronto el caldo. ¿Cómo? Has dado en no contestar? Pues yo te enseñaré a ser atento¡ (LE LANZA UN PUNTAPIE, Y DON PEDRO HUYE CORRIENDO).

DON PEDRO.- (AFUERA Y VARIANDO LA VOZ) Patrón¡ ese hombre me ha amenazado¡ Yo me voy a acostar, pues, si permanezco aquí, me expongo a matarlo¡

DON JUAN.- ¿Qué dice el zoquete? Voy a componerle el genio... (QUIERE SALIR FUERA DE LA SALA; PERO DON PEDRO, QUITANDOSE APRESURADAMENTE EL DISFRAZ, CORRE A SUJETARLO).

DON PEDRO.- No, hombre, por la Virgen¡ ¡No te expongas¡ ¡Es un Hércules este mozo¡

DON JUAN.- Aún cuando sea el mismo diablo, me la va a pagar.

DON PEDRO.- Siéntate, hermano; siéntate, que ya la cena está servida.

DON JUAN.- ¿La cena? Yo no veo aquí más que unos panes y unos pedazos de queso...

DON PEDRO.- Te olvidas de las nueces... Mira que avellanas tan hermosas. Además tengo en el escaparate un canastillo de higos... Todo es comida sana...

DON JUAN.- ¿Y esto es lo que llamas cena?

DON PEDRO.- Como no esperaba visita...

DON JUAN.- Aún para uno solo, esta cena es muy en abreviatura.

DON PEDRO.- ¡Oh¡ No es bueno cargar mucho el estómago, de noche; y mi médico me ha dicho...

DON JUAN.- Maldito sea tu médico y quién le dió los títulos para que matara de hambre a las gentes.

DON PEDRO.- Siéntate, hermano; que al fin tendremos un buen postre. Me han mandado de regalo una botella de miel; y con ella desengrasa-

remos.

DON JUAN.- Desengrasar, hombre de Dios, cuando aquí no veo nada que nos engrase el gaznate?... Porque, ni el queso... (TOMA UN PEDAZO) Parece hecho de piedra. En fin, sentémonos, y hagamos pecho ancho. (COMIENDO ALGUNOS BOCADOS) Yo he sido soldado; y sé cenar lacónicamente, como diría la tía de mi Irene, que presume de muy culta.

DON PEDRO.- ¡Ah¡ Si tú no le hubieras quitado esa herencia a mi sobrina, otro gallo te cantara ¡Juan¡ Cuánta no es tu responsabilidad ante los ojos de Dios¡

DON JUAN.- El queso me ha dado sed... Me desquitaré con un buen trago de vino. (COGE UNA DE LAS BOTELLAS).

DON PEDRO.- Es agua, muy fresquita y buena...

DON JUAN.- ¿Y la otra?

DON PEDRO.- También es agua.

DON JUAN.- ¡Quita allá con tu agua¡ Yo tengo sed de vino.

DON PEDRO.- Mi médico me ha prohibido que beba.

DON JUAN.- ¡Qué médico tan gracioso tienes¡

DON PEDRO.- ¡Ay¡ hermano¡ Yo debo ser parco, por dos razones...

DON JUAN.- Pues, hombre¡ Yo creo que debo comer y beber bien, por más de treinta razones¡ Lo que son los pareceres entre los hombres¡ Siempre hay razones para todo.

DON PEDRO.- Yo tengo las mías para seguir mi sistema hasta que me muera.

DON JUAN.- Y te morirás pronto, pues tu médico se ha encargado de ello.

DON PEDRO.- Es que yo sé que no hay mayor enemigo de la salud que la glotonería; y he ahí mi primera razón.

DON JUAN.- Es decir, que vives a dieta para no enfermarte.

DON PEDRO.- Cabal. Necesito tener salud para ganar que comer.

DON JUAN.- ¿Y para qué quieres tener que comer, si no comes?

DON PEDRO.- Yo como para vivir, pues mis escasos recursos no me permiten regalarme demasiado; y esta es la otra razón de que te hablaba.

DON JUAN.- Déjate de eso, Pedro; no pretendas engañarme, pues yo sé, de buena tinta, que estás muy rico. ¿Sabes quién me lo ha dicho?

DON PEDRO.- Quién quiera que sea, te ha engañado.

DON JUNA.- No, no. ¿Te acuerdas de aquella niña, hija de don José Pereda, que...

DON PEDRO.- La Antonia? ¿Ella te ha dicho eso? ¿La has visto?

DON JUAN.- Me encuentro alojado en su casa.

DON PEDRO.- ¡Ah! ¿Cómo es eso?

DON JUAN.- Yo llegué anoche con mi hija, a una mala posada; y esta mañana al salir de mi cuarto, ví que Antonia entraba al patio, con un canasto de ropa limpia...

DON PEDRO.- Es decir que ahora está de lavandera.

DON JUAN.- Así es. En cuanto me vió, me conoció, y vino a saludarme, llorando de gusto... Te aseguro que, a pesar de sus treinta y pico de años, está siempre bonita...

DON PEDRO.- Sí; bonita; pero es muy mala mujer.

DON JUAN.- Te equivocas, Pedro; y luego te hará ver como el malo has sido tú. No bien le dije la triste situación en que me hallaba, cuando ella me ofreció su casa, con tal franqueza, que no pude dejar de aceptar. Y, diciendo y haciendo, me obligó a que le presentara a mi hija, con la cual se amistó en un momento. Después de entregar la ropa que traía, nos llevó a su casa, y allí estamos hospedados. La buena mujer ha pues-

to a mi disposición todo lo que tiene; y trata a mi hija con el cariño de una madre... Te repito que es una digna mujer.

DON PEDRO.- (AGITADO) No me hables de ella, Juan¡ Hace veinte años que no la veo... y no la veré más... ¡No¡ no quiero verla... Es verdad que la amé con delirio; pero...

DON JUAN.- No tienes razón, hermano mío... Ella me lo ha referido todo.

DON PEDRO.- Pero no te habrá dicho palabra del amante con quien me engañaba. Aparentaba amarme para sacarme dinero... Yo debía estar loco, cuando le daba tanto¡ Ahí tengo apuntado hasta el último cuartillo que gasté en esa mujer... No puedo perdonarla que me haya explotado... Entonces estaba yo ciego, pues pensaba casarme con ella, para legitimar... ¡Ah¡ Yo mismo fui testigo de su deslealtad¡ Afortunadamente no le había enviado todavía una pieza de castilla y otra de lienzo para que hiciera... Pude ven-

der después todo eso... Pero ¿cómo reembolsarme de lo que antes le había dado? ¡Es una miserable ladrona¡

DON JUAN.- Oye, Pedro¡ Voy a desengañarte...

DON PEDRO.- No, Juan; no te oiré... Hablemos de otra cosa... ¡Esa mujer me cuesta muy caro¡

DON JUAN.- Pero, hombre¡ no mires la cuestión por el lado del dinero...

DON PEDRO.- Es justo también mirar las cosas por ese lado. Considera que no solo he perdido el capital, sino los intereses de veinte años.

DON JUAN.- Sea como tú quieras. (APARTE) Otro día estará más tratable. Pero yo no puedo permanecer con mi hija, en casa de Antonia, de cuya generosidad no debo abusar.

DON PEDRO.- ¿Y cómo ella abusó de la mía?

DON JUAN.- Debo sacar de allí a Irene.

DON PEDRO.- ¿Y en dónde piensas hospedarla?

DON JUAN.- En casa de su buen tío.

DON PEDRO.- ¿Qué tío?

DON JUAN.- Tú, pues, hombre¡

DON PEDRO.- ¡Yo¡ (SE ALZA DEL ASIENTO, Y SE PASEA MUY AGITADO).

DON JUAN.- Tú eres rico,hermano mío... No te pido para mí, sino para tu sobrina... Acuérdate de aquellos tiempos en que nuestra buena madre nos enseñaba a rezar las obras de misericordia.

DON PEDRO.- Rezarlas no cuesta un cuartillo; pero... Tú no sabes que esta casa se halla desmantelada... No hay una sola pieza decente.

DON JUAN.- Arreglaremos los cuartos.

DON PEDRO.- No tengo criados.

DON JUAN.- Se buscará servidumbre.

DON PEDRO.- Aquí falta todo.

DON JUAN.- Se comprará lo que falta.

DON PEDRO.- ¿Y con qué diablos has de comprar, si no tienes un cristo?

DON JUAN.- Compraremos con el dinero que tú tienes. ¿Hay cosa más clara?

DON PEDRO.- Pero si ya te he dicho que...

DON JUAN.- Lo dicho, dicho. Arreglaremos esta vivienda, con unos mueblecitos decentes...

DON PEDRO.- Es decir que...

DON JUAN.- Aperaremos bien la repostería...

DON PEDRO.- ¡La repostería¡

DON JUAN.- Surtiremos la bodega, de buenos vinos...

DON PEDRO.- Te he dicho que no bebo vino.

DON JUAN.- Yo te enseñaré, Pedro... Ya verás como vamos a transformar esta morada. Tú mismo me agradecerás después.

DON PEDRO.- ¡Me gusta¡ ¿Conque yo habré de agradecerte el que me arruines? ¡Ah¡ Juan¡ Cuánto mejor no habría sido que no la quitaras a mi sobrina aquella herencia¡ Tu eres un mal padre.

DON JUAN.- No me llames mal padre, cuando estoy trabajando por hospedar bien a mi hija.

DON PEDRO.- ¡Sí¡ Hospedarla a costa ajena... ¿Para qué diablos fuistes a jugar todo tu pa-

trimonio?

DON JUAN.- Olvida eso, Pedro, que ya es cosa que pertenece a la historia antigua. Acuérdate de que hemos crecido aquí juntos.

DON PEDRO.- Pero eso no es razón para que yo pague las habas que se comió el asno.

DON JUAN.- Muy bien, querido hermano: ahora me voy a darle a mi hija la buena noticia de que ya tiene albergue.

DON PEDRO.- Lo más que puedo hacer es convidarlos con mi mesa.

DON JUAN.- Mil gracias, querido hermano, Mañana volveré con tu sobrina. Ya la verás desempeñarse en el arreglo de este querido hogar.

DON PEDRO.- Pero tú no comprendes, Juan...

DON JUAN.- ¡Vaya sí te comprendo¡ Tú estás deseosísimo de conocer a tu sobrina.

DON PEDRO.- No digo que no; pero, en cuanto a lo de morar aquí...

DON JUAN.- ¡Oh¡ En cuanto a eso, veo en tu sem

blante pintada tu buena voluntad.

DON PEDRO.- La voluntad sobra; pero los medios faltan... ¿Cómo podré yo hacer esos arreglos que el mal estado de esta casa demanda?

DON JUAN.- No te preocupes por eso... Ni yo tampoco habría de permitir que tú te molestaras... Yo mismo haré las compras; yo buscaré los maestros y los trabajadores necesarios, sin que tú tengas que meterte en nada... Adiós, mi querido hermano; hasta mañana... Dios te pagará tu generoso proceder. (VASE)

ESCENA NOVENA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- Por Jesucristo vivo¡ Yo no sé lo que me pasa... Esto es mil veces peor que si hubiese venido una pandilla de ladrones... Vaya¡ Dice que él lo hará todo, y que yo no tendré que meterme en nada... El hará las compras; pero yo pagaré las cuentas,... Sí, señor¡ peor que ladrones, a mano armada es todo esto, por-

que vendrá la sobrina, y ... Bien dicen que a quién Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos... Si ella fuera sola, ¡vaya con Dios¡ Pero con ella vendrá la criada, y luego el criado, y la cocinera, y la lavandera, y... Más de media docena de bocas, que se lo comerán todo en un mes... Y todo ello porque el hermanito dilapidó su patrimonio... ¡Esto no es justo¡... ¿Y he de conesntir yo, un hombre de principios como yo, que un perdulario venga a malgastar el fruto de tantas fatigas? ¡No, señor¡ Esto sería dar un pernicioso ejemplo, fomentando el terrible vicio de la prodigalidad... Mi conciencia se opone a ello. La caridad primero por casa; y cada cual se debe rascar con sus uñas; y es bien sabido que el que no guardó no encontró... No les daré ni un cuartillo¡... ¡Ah¡ ¡Y la puerta de calle abierta¡ Voy a cerrarla. (YENDOSE POR LA PUERTA DEL FONDO) No¡ no¡ no les daré un solo cuartillo¡ T E L O N

ACTO SEGUNDO.- El lugar de la escena es la misma pieza; pero toda en un cuerpo, y decentemente arreglada, como una sala común de recibo.

ESCENA PRIMERA.-

DON PEDRO.- Pues, señor¡ yo debo estar loco... Sí, loco de atar¡ Cuando he podido consentir en todos estos gastos... Miren cómo se ha transformado todo esto, de la noche a la mañana... Parece cosa de encantos... Empapelado a la moderna, alfombra de tripe, candelabros de bronce... ¡Jesús¡... Espejos aquí, cortinas allá, cristales por todas partes... ¡Esto me tiene abrumado¡ (SE DEJA CAER EN UNA POLTRONA) Pero, después de todo, esta silla es cómoda... muy cómoda... Está bien uno aquí... Ahora venganme a decir que el dinero es cosa despreciable, cuando tantas comodidades puede uno obtener con el él¡... Pero sí el dinero es lo que vale en este mundo ¿a qué malgastarlo en esta futilezas?... Eso es lo que yo digo y diré siempre, y por eso sé guar-

dar... (IRONICAMENTE) Sí¡ Sé guardar, y he consentido en todos estos gastos¡ ¡Cuánto no tendré que sudar para reponer en mi caja los setecientos diez con ocho pesos, cinco reales y medio que me han hecho pagar esos judíos por estas baratijas¡... ¡Sí, señor¡ me afirmo en ello: estoy loco... Yo que siempre he aborrecido a los perdularios, y que tengo en tal estima la gran virtud de la economía, como que sin ella, no hay salvación posible... En este mundo, ella nos salva de la miseria, y nos libra de cometer esa multitud de pecados a que el pobre está siempre expuesto; y al fin y al cabo, ella nos asegura la bienandanza eterna, allá en el otro mundo, con tal de dejar un buen legado para su alma... Y, siendo esto así, ¿por qué diablos he sido tan débil, que... Pero esta muchacha ha dado al traste con todos mis principios... Ella impone la ley en esta casa; y yo no tengo fuerzas para decirle no...¿Quién

puede resistir a sus miradas?... Cuando más decidido estaba a no admitirla, no hizo más que presentarse aquí, y traz¡ Caí como piedra en pozo... En cuánto la ví, vinieron por tierra todos mis propósitos, y se me trastornó la cabeza, y... No doy tres nueces vanas por mi cabeza... La verdad es que yo la quiero, no solamente como tío... Es un hecho: amo a mi sobrina, y me casaré con ella, Dios mediante... Verdad es que yo soy viejo, y ella, una criaturita; pero ¡tengo plata¡ (DA UN SALTO DE GUSTO), y la plata hace milagros, como que es cosa santa. Son unos tontos los que no saben guardar. ... Lo único que le falta a esta muchacha, para ser cumplida, es saber guardar... ¡Ya se vé¡ Al lado de un padre tan perdulario, solo ha aprendido a gastar... Pero yo la enseñaré; yo le iré a la mano, en eso de los pedidos... ¡Todas las peruanas deben ser un diablo de pedigüeñas¡ Yo le haré ver que no hay mayor pecado

que el del lujo... Pero, ¿lograré hacerme entender de ella?... Es un demonio de gastadora; y no parece sino que le hiciera cosquillas el dinero en las manos, según es el deseo que manifiesta por arrojarlo a la calle... Y lo peor es que ella tiene un arte para pedir, que en balde me he encastillado en mis principios... Con sus miradas, con sus mimos, con sus pucheritos, que sabe hacer tan bien, le saca a uno el dinero, sin sentirlo... Mal digo; lo siento aquí en mi corazón... ¿Y si después de ser mi esposa, no puede hacerla entrar en vereda? ¡Ah¡ Solo de pensarlo, me estremezco¡ Ella seguirá gastando en vestidos y joyas... ¡Vaya¡ A una mujer pobre no debiera gustarle el lujo: pero las más pobres, son precisamente a las que más les gusta... Con una mujer así, voy a pasar una vida de martirio.... ¡No¡ No me caso, y san se acabó¡ El buey suelto bien se lame; y aunque también dicen que enyugado no se pierde,

lo cierto es que yo sí me hago enyugar, pierdo todo lo que tengo... Antes de todo, la tranquilidad de mi conciencia; que yo no he nacido para fomentar vicios, y mucho menos el del lujo, ¡Dios me libre de él¡... Pero de ella ¿quién me librará? Con sus zalamerías me trastorna la cabeza. A cada rato me está diciendo: "Tiíto de mi alma¡ Así se usa en Lima"... ¿Y qué me importa a mí que en Lima sean unos perdularios? ... Pues, que se vaya a Lima, para que allí viva a la moda... En cuanto llegue su padre le diré que se la lleve de aquí, porque es mal mirado que una muchacha soltera viva en casa de un hombre también soltero; y es preciso mirar el que dirán....

ESCENA SEGUNDA.- DON PEDRO - IRENE.

IRENE.- (CON ZALAMERIA) ¡Tiíto querido¡ ¿Qué cosa es eso del que dirán?

DON PEDRO.- Irene¡ (APARTE: ¡Me mató¡) Has oido?

IRENE.- Oí que usted hablaba del que dirán... Mire, tiíto, no se preocupe por eso.

DON PEDRO.- ¿De qué?

IRENE.- Del que dirán... ¿Qué le importa a usted lo que digan los demás, siendo como es tan rico?

DON PEDRO.- No tanto, hijita; no tanto que digamos... Pero ¿por acaso se usa tambien en Lima el no hacer caso del que dirán?

IRENE.- Sí, pues; Lima es una ciudad mucho más civilizada que Santiago. Aquí las gentes son tímidas; y su ignorancia las hace ver fantasmas en todas partes. Hacen gran asunto de las cosas más ridículas; y de aquí viene que temen tanto al que dirán hasta aquellas personas que, por su posición social y su riqueza, debieran despreciar...

DON PEDRO.- Con que en Lima son...

IRENE.- Allí las gentes viven con esa garbosa despreocupación de la culrura.

DON PEDRO.- De manera que aquí en Chile estamos todavía en Cristus...

IRENE.- Aquí están... ¿Se lo diré, tiíto?

DON PEDRO.- Dilo sin rebozo.

IRENE.- ¡Vaya, pues¡ (RIENDO) Le diré que aquí están todavía muy... muy provincianos.

DON PEDRO.- Gracias, sobrina, por lo que me toca.

IRENE.- (CON MIMO) No lo digo por usted, tiíto querido... Ya sabe que no hay regla sin excepción.

DON PEDRO.- Es decir, que yo soy una excepción.

IRENE.- ¡Pues¡ (LO ABRAZA) Usted podría hacer papel en el mismo Lima.

DON PEDRO.- (RIENDO) ¿Qué papel podría yo hacer en aquella ciudad tan civilizada?... Haría tal vez papel de trapo viejo...

IRENE.- ¡No diga eso¡ Buen papel, se entiende. (VUELVE A ABRAZARLO) De lo contrario, no tendría yo tantos deseos de que no fuesemos a Lima...¡

DON PEDRO.- ¡A Lima¡

IRENE.- Sí, tiíto. Usted conocería a mi tía Adriana...

DON PEDRO.- ¿Esa tía rica?

IRENE.- La misma... Usted la querría mucho, porque es muy buena, y me quiere como a las niñas de sus ojos.

DON PEDRO.- ¿Es verdad que pensaba ella hacer su testamento a tu favor?

IRENE.- ¡Pues¡ Me lo decía siempre.

DON PEDRO.- ¿Y por qué la dejaste?

IRENE.- Porque mi papá lo quiso así.

DON PEDRO.- Y has hecho bien. (APARTE: porque de otro modo, no habría conocido yo a esta lindura)

IRENE.- ¿Qué dice usted?

DON PEDRO.- Que iremos a Lima. (APARTE: No es caridad hacer perder a esta niña una herencia tan buena).

IRENE.- ¿Nos iremos a Lima, no? ¡Ah¡ Cuánto

lo quiero, títo¡

DON PEDRO.- No seas tan zalamera. (APARTE: ¿Qué será lo que quiere pedirme?

IRENE.- ¿Que no sea zalamera? Vaya, pues¡ Sí en Lima somos todas así, y no como aquí en Chile, que no parece sino que las mujeres fueran de palo¡... Pero si a usted no le agrada que yo le manifieste mi cariño... (SE RETIRA CON GESTO DESABRIDO).

DON PEDRO.- ¡Si me agrada, niña¡ (APARTE: Así enojadita está más linda).

IRENE.- Para no disgustarlo a usted, procuraré ser como estas mujeres de Chile, secas como una estopa, y desabridas como una palta verde, que no saben hacer un guiño ni decir un cariño.

DON PEDRO.- ¡Qué muchacha¡ ¿No te digo que me gustan tus zalamerías? Que me encanta la gracia de tu expresión? (APARTE: ¡Ya volvió a trastornarme la mollera¡) Sigue siendo como las peruanitas... No te enojes, mi vida...

IRENE.- ¡Si no estoy enojada, tiíto¡

DON PEDRO.- Pues entonces abraza a tu viejo tío¡

IRENE.- (ABRAZANDOLO) ¿Viejo? ¡Usted no es viejo, tiíto¡

DON PEDRO.- ¿Te parece? (APARTE: ¡Y lo que sabe la picarona¡) Pues, hijita, yo soy un año mayor que tu padre.

IRENE.- ¡No lo diga¡ Papá representa diez años más que usted.

DON PEDRO.- (APARTE: Está dicho: ¡me caso con ella¡).

IRENE.- Pero todavía no me ha dicho usted cual es ese que dirán de que usted hablaba.

DON PEDRO.- ¡Ah¡ (APARTE: ¿Qué le diré?).

IRENE.- ¿No me contesta? Apuesto a que no le ha agradado que yo saliera sola a la calle?

DON PEDRO.- ¡Sí¡ ¡Eso es¡ (APARTE: Ella misma me indica la contestación) Sí, hijita: aquí las niñas no salen solas.

IRENE.- ¡Miren, pues¡ Esa es otra prueba del atraso de este país.

DON PEDRO.- Pero, a la tierra que fueres...

IRENE.- Ya sé el refrán; y, por eso es que mi papá anda buscando una señora de respeto para que me acompañe.

DON PEDRO.- ¿Y qué necesidad tienes de compañía en esta casa, que ya está llena de gente?

IRENE.- Es que necesito una compañera para andar por la tiendas.

DON PEDRO.- ¡Vaya¡ ¿Y qué tienes tú que hacer en las tiendas?

IRENE.- Pero, tiíto, por Dios¡ ¿Entonces aquí las señoras no van al comercio? ¿Qué clase de ciudad es ésta?

DON PEDRO.- Mira, niña; eso de visitar mucho las tiendas tiene sus peligros.

IRENE.- ¡Ya lo veo, pues¡ Porque pueden engañarla a una los comerciantes. Pero, yendo acompañada de una señora que sepa los precios, ya

no hay peligro.

DON PEDRO.- Yo compraré todo cuanto hayas menester.

IRENE.- ¡No, tío querido¡ Si me prohibe comprar, me aburriré... me moriré de fastidio, en dos semanas.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Jesucristo¡).

IRENE.- Usted me comprará, por su parte, lo que le parezca; pero déjeme a mí el placer de mercar para distraerme.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Bonita distracción¡).

IRENE.- No me quite este goce inocente.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Válgame la Virgen de Andacollo¡).

IRENE.- Yo soy así... Es mi pasión...

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Y llama goce inocente el botar el dinero¡)

IRENE.- Mire usted. Al pasar esta mañana por una tienda del portal, ví un vestido de raso...

DON PEDRO.- ¿Y?

IRENE.- Y lo compré... Quiero decir que lo traté, por dados, que no llevaba dinero. Pero le dije al comerciante que me enviara el vestido.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Oh¡ ¡Esto pasa de raya¡)

IRENE.- ¿Me dice usted?

DON PEDRO.- Lo que digo, sobrinita, es que no están los tiempos para comprar vestidos de seda.

IRENE.- Son los vestidos de moda.

DON PEDRO.- ¡Dale con la moda¡

IRENE.- Y, siendo de moda, ¿cómo no ha de ser el tiempo de comprarlos?

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Estoy frito¡) Oye, sobrina: ya sé quién es ese comerciante. Yo hablaré con él.

IRENE.- ¿Para pagarle la cuenta? Gracias, tífto. Entonces puede usted hacer una ida y dos mandados.

DON PEDRO.- ¿Cómo es eso?

IRENE.- ¿No me entiende? ¿Por acaso no dicen

aquí también "una ida y dos mandados?".

DON PEDRO.- Si decimos. Veamos el otro mandado.

IRENE.- No le costaría a usted nada, porque los encajes que compré están en el segundo baratillo, en el mismo camino de la tienda.

DON PEDRO.- ¿Encajes?

IRENE.- Para adornar el vestido... Y también unas cintitas de terciopelo...

DON PEDRO.- Y van tres mandados.

IRENE.- Pero, tiíto, está en el mismo baratillo. No tiene usted que dar un solo paso más.

DON PEDRO.- ¿Qué me importa a mí dar pasos de más, con tal de no dar... quiero decir... ¿Y no queda otro baratillo?

IRENE.- No, tiíto, porque la manteleta que compré está en una tienda del Pasaje.

DON PEDRO.- Pero, sobrina... (APARTE: No¡ No me caso con esta mujer).

IRENE.- ¿Qué? ¿Le disgusta a usted que yo haya

tratado esas cosillas?

DON PEDRO.- No es eso, no... Sino que tú no debes meterte a comprar... Mira que los tenderos aquí son unos judíos.

IRENE.- Pero usted tiene también una tienda.

DON PEDRO.- Cierto... (APARTE: No sé dónde tengo la cabeza) Yo haré por tí esas compras.

IRENE.- Mire, tiíto; ¿quiere que hagamos un trato?

DON PEDRO.- ¿Cuál es?

IRENE.- Dividámonos el trabajo. Yo trataré los géneros, y usted pagará las cuentas.

DON PEDRO.- ¡Pues me gusta el trato¡

IRENE.- Lo mismo digo de las cosas que faltan en la casa. Ya le he dicho que yo seré su ama de llaves; y cumpliré con mis deberes... ¡Ah¡ Y se me olvidaba ir a la cocina. Allí deje arreglado todo para hacer unos pastelillos, como aquellos que tanto le gustaron ayer. (HACE QUE SE VA, Y VUELVE).

DON PEDRO.- Deja eso, niña, al cuidado de la cocinera.

IRENE.- ¡No¡ no¡ Yo soy su ama de llaves, ¿verdad?

DON PEDRO.- Cierto.

IRENE.- Pues entonces yo debo atender a los quehaceres de la casa. ¿No le agradan las golosinas que le hace su sobrinita?

DON PEDRO.- Mucho, mucho.

IRENE.- Por consiguiente, déjeme servirle con cariñoso empeño, pues que eso es también para mí un gran placer. (VASE)

ESCENA TERCERA.-

DON PEDRO.- ¡Oh¡ ¡Qué buena dueña de casa hará esta chiquilla; y no como dicen, dueño, porque si fuera dueño, no la querría. Yo la quiero para dueña de mi casa, de mi corazón de todo lo que tengo. Es una alhaja, y mejor alhaja sería, si no le gustarán tanto las alhajas. Pero ¿qué cosa hay cumplida en este mundo, desde las mu-

jeres para abajo?... No sé qué diablos hacer. ... Si me caso con ella, me matará a pedidos; y si no me caso, me moriré de pena... Más vale casarse... Sí, señor; será mi esposa. Ella me quiere; es linda como una flor de primavera. (GOLPEAN LA PUERTA DEL PATIO) ¿Quién es? ¡Adelante¡

ESCENA CUARTA.- DON PEDRO - TRES CRIADOS.

CRIADO 1.- (ENTRA CON UNA CAJA GRANDE EN LAS MANOS, MIENTRAS LOS OTROS DOS SE QUEDAN EN LA PUERTA) ¿Esta es la casa del señor don Pedro Pimentel?

DON PEDRO.- Sí, amigo; yo soy ese don Pedro... ¿Qué se le ofrece?

CRIADO 1.- Me envía mi patrón don Cosme Hinostrosa, con esta caja para que la deje aquí.

DON PEDRO.- ¿Don Cosme? ¿Y qué es eso?

CRIADO 1.- No sé, señor; pero aquí viene el rótulo, que dice: "Para la señorita Irene Pimentel".

DON PEDRO.- ¡Ya caigo¡ Pero es el caso que... Mejor es, hijo, que te lleves la caja.

CRIADO 1.- El patrón me ordenó que la dejara aquí. (DEJA LA CAJA SOBRE UNA SILLA Y SE VA).

ESCENA QUINTA.- DON PEDRO - CRIADO 2 - CRIADO 3.

CRIADO 2.- (CON UN PAQUETE EN LAS MANOS) Aquí traigo, señor, unos encajes y unas cintas, que la señorita compró...

DON PEDRO.- ¿Y los pagó la señorita?

CRIADO 2.- No, señor; pero traigo la cuenta; y usted tendrá la bondad de cancelarla...

DON PEDRO.- No tendré, de ningún modo, esa bondad. Llévese usted sus embelecos, que, por más encajes que sean, no conseguirá encajármelos. (AL CRIADO 3) Y usted, mi amigo ¿también me trae algún regalito como estos?

CRIADO 3.- Es un vestido de raso, que la señorita dejó elejido...

DON PEDRO.- Pues, vayase usted con sus trapos

... y usted con sus cintas y sus encajes... Y el otro? En donde está el de la caja? (VANSE LOS CRIADOS).

ESCENA SEXTA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- ¡Se fue el pícaro, y me dejó aquí la tentación¡ ¡Habrase visto mayor inmoralidad¡ Ya no se contentan con tener esos embelecos colgados en las vidrieras, para tentar a las mujeres, y arruinar a padres y maridos, sino que han dado en la linda gracia de enviar tentaciones a domicilio... ¿Qué traerá la caja? Veamos. (ABRE LA CAJA, Y VA SACANDO LAS COSAS, SEGUN LO INDICA EL MONOLOGO) ¡Una cofia¡ Esta parece pañoleta... Aquí viene el collar... ¡Ah¡¡Estos son los rosarios del diablo¡ Y más acá, cintas, colgajos y embolismos ... ¡Por nada no se trajo toda la tienda¡ Cáspita con la peruanita, que aprieta¡... Es imposible que vivamos en paz... ¡No será mi mujer¡

ESCENA SEPTIMA.- DON PEDRO - IRENE.

IRENE.- ¡Ah¡ Ya trajeron esas cositas¡

DON PEDRO.- Ojalá no las hubieran traido, Irene.

IRENE.- ¿Qué dice usted?

DON PEDRO.- Que estos embelecos y zarandajas son...

IRENE.- Son muy lindos, porque es la última moda.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Maldita sea la moda, y quién la parió¡)

IRENE.- (PONIENDOSE LA COFIA) Mire usted. ¿Me sienta bien? Veamos si la manteleta me viene al cuerpo. (SE LA PONE, Y SE MIRA EN EL ESPEJO, VOLVIENDOSE A UNO Y OTRO LADO, CON COQUETERIA, MIENTRAS DON PEDRO LA MIRA EMBOBADO)

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Qué garbo¡ Me doy por vencido¡).

IRENE.- Dígame usted su parecer. ¿Le gusta esta manteleta?

DON PEDRO.- Me gusta, solo porque tú la tienes puesta; pero...

IRENE.- Yo no sé porqué a los hombres no les agrada estas cosas.

DON PEDRO.- Sobretodo, en una niña como tú, que no ha menester de tales zarandajas para ser linda.

IRENE.- Es usted muy galán, señor tío; y yo una atolondrada, que tal vez charlo demasiado. (SE QUITA LA COFIA Y LA MANTELETA) Voy a preparar la mesa.

DON PEDRO.- Deja que la criada...

IRENE.- ¿No quiere usted que yo sea su criadita?

DON PEDRO.- ¡No¡ Tú serás mi...

IRENE.- (HACIENDOLE UNA GRACIOSA CORTESIA)¡Servidora de usted¡ (VASE SALTANDO)

ESCENA OCTAVA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- (LA SIGUE CON LA VISTA) ¡Ah¡ Si así son todas las peruanas, aquello es sin duda

un cielo de ángeles... Parece que no pisa el suelo, cuando anda. Es una mariposa volando de flor en flor... ¡Qué dichoso voy a ser con ella¡ Y si es verdad eso de la tía rica; y si vamos a Lima, y cogemos la herencia... ¡Vaya¡ Será miel sobre hojuelas. (DA UN SALTO DE GUSTO) ¡Sí¡ La quiero; la adoro¡... Hasta de mi negocio me olvido, cuando la veo... Solo dos veces he ido hoy a la tienda... Voy allá (AL QUERER SALIR, ENTRA DON JUAN).

ESCENA NOVENA.- DON PEDRO - DON JUAN.

DON PEDRO.- A tiempo llegas, hermano. Tengo que hablarte de cierto asunto.

DON JUAN.- Yo también vengo a decirte algo que debes saber.

DON PEDRO.- ¿Qué cosa es esa?

DON JUAN.- Dí tú primero.

DON PEDRO.- No, no; desembucha tú antes.

DON JUAN.- Pero...

DON PEDRO.- No hay pero que valga. Te escucho.

DON JUAN.- Hace días que deseaba hablar seriamente contigo sobre aquel lance que motivó tu odio contra Antonia.

DON PEDRO.- No me hables de eso, Juan. Ha muerto para mí esa mujer.

DON JUAN.- No merece la dureza con que la has tratado.

DON PEDRO.- ¿Y yo, por acaso, merecía su infidelidad?

DON JUAN.- Ni aún has tratado de informarte de tu hijo.

DON PEDRO.- ¿Mi hijo? Dejemos esta conversación, Juan: yo amé a esa mujer mientras la creí fiel.

DON JUAN.- Lo ha sido siempre, hermano mío.

DON PEDRO.- ¿Te lo ha dicho ella?

DON JUAN.- Y me lo ha probado.

DON PEDRO.- Pues yo le creo más a mis ojos que a todas esas pruebas.

DON JUAN.- ¿Y qué es eso que tus ojos han visto?

DON PEDRO.- (AGITANDOSE POR GRADOS) He visto... ¡Ah¡ Me cuesta mucho decirlo... Mira, Juan: no me digas que pude engañarme, porque la luna alumbraba de lleno la ventana del cuarto de Antonia. Todavía vivía su madre, quién ni aún sospechaba nuestras relaciones. Yo había salvado la tapia de la huerta, y estaba detrás de un rosal, desde donde véía el interior del cuarto, medio iluminado por la luna. Un hombre estaba sentado en el alfeízar de la ventana; y Antonia se hallaba de pie cerca de él. Cuando ví que se abrazaban, no fuí dueño de mí, y corrí hacía la ventana, que se cerró al momento. Entonces traté de abandonar para siempre aquella casa; y al dirigirme al sitio por donde había entrado, ví atravesar por la huerta a un hombre, que parecía ir huyendo. Seguilo, y logré alcanzarlo, a tiempo que él subía sobre la tapia de la huerta. Era evidente que iba disfrazado, pues llevaba la cara atada con un gran pañuelo; el sombrero de

lana echado sobre los ojos, y una larga manta listada. Tomelo de la manta, y le arranqué el pañuelo, con sombrero y todo... Su fisonomía no se me olvidará jamás... ¡Infame¡ le grité; pero no pude vengarme de él, porque, dándome en la mano con un bastón que llevaba, me hizo soltarlo; y escapó.

DON JUAN.- Sabe, Pedro, que ese hombre era un hermano de Antonia.

DON PEDRO.- ¿Hermano? Antonia no tenía hermano.

DON JUAN.- Sí tenía, y lo tiene todavía. Oye, Pedro, y te lo explicaré todo.

DON PEDRO.- No me expliques nada, hermano mío. No quiero saber nada de esa mujer... Hablemos de otra cosa... Ahora me toca a mí decirte que amo...

DON JUAN.- ¿A quién?

DON PEDRO.- A mi sobrina.

DON JUAN.- ¡A Irene¡

DON PEDRO.- Sí; a Irene. ¿Te parece, por aca-

so, muy desproporcionado este matrimonio, por causa de mi edad? Yo la dotaría bien.

DON JUAN.- ¿Y has hablado con Irene sobre el particular?

DON PEDRO.- Nos hemos dicho florecillas... Sí; florecillas solamente.

DON JUAN.- Yo hablaré con ella: es preciso saber lo que Irene piensa. Vete tú a la tienda.

DON PEDRO.- Dices bien. Sonsácale lo que ella tiene en aquel corazoncito. Yo me voy a la tienda, porque hago falta allí. Esta niña me a hecho olvidar mi negocio, y ahí tienes una prueba de lo mucho que la quiero... Yo te la llamaré... ¡Irene¡ Sobrina¡ (VASE)

ESCENA DECIMA.- DON JUAN - IRENE.

IRENE.- ¡Tíito¡ Aquí me tiene usted... ¡Ah¡ papá¡ Yo había creído oir la voz de...

DON JUAN.- ¿Del tíito?

IRENE.- Sí, papá.

DON JUAN.- Y como en vez del tíito, encontras-

te al pobre papá, no te ha gustado, eh?

IRENE.- ¿Por qué dice usted eso, papacito? (LO ABRAZA CARIÑOSAMENTE)

DON JUAN.- ¿Por qué lo digo? Voy a contestarte; pero antes, siéntate aquí, hija mía. (APARTE: Rodearemos la cosa, para no decirselo de sopetón).

IRENE.- Ya le escucho papá.

DON JUAN.- Hay un tiempo, Irene, en que las niñas son más afectuosas, con su papá, como tú, por ejemplo...

IRENE.- Sí, papacito, como yo por ejemplo. ¿Qué me quiere decir?

DON JUAN.- (APARTE: Es preciso diplomacia) Quiero decirte que en ese tiempo, las muchachas comienzan a querer menos a su papá...

IRENE.- Entonces esas niñas no son como yo, papacito querido.

DON JUAN.- Te lo decía porque tengo que hacerte una pregunta...

IRENE.- ¿Qué cosa es esa? Pregúnteme luego.

DON JUAN.- Vamos despacio, porque esta cosa es muy... (APARTE: Diplomacia¡) Quiero decir que el asunto es así un poco espinoso...

IRENE.- ¡Papá¡ ¿Qué me quiere decir? Usted me asusta...

DON JUAN.- Tranquílizate, hija mía... Es que yo quería rodear la cosa, porque no sería prudente venir, y preguntarte, así de golpe y zumbido: Irene, amas a alguién?

IRENE.- ¡Ah¡

DON JUAN.- ¡Ya lo dije¡ Yo no sirvo para rodear las cosas... En fin, quiero saber si tu corazón está comprometido.

IRENE.- ¿Eso era lo que usted me quería preguntar? Papacito, siento que usted se haya adelantado; pero yo había ya formado la resolución de decirle que amo a...

DON JUAN.- ¿A Pedro?

IRENE.- A mi tío lo quiero mucho también... Pe-

ro a quién yo amo de otro modo es a Jorge.

DON JUAN.- ¿A Jorge?

IRENE.- Como usted me ha dicho que sea siempre franca con mi papacito...

DON JUAN.- Así me gusta; y has hecho bien en confesarme tu amor. Jorge es un buen muchacho, y me gusta la elección.

IRENE.- Lo cree también usted así? Ahora lo quiero más, papacito.

DON JUAN.- ¿A Jorge?

IRENE.- ¡A usted; a usted; a usted; (LO ABRAZA Y LO BESA).

DON JUAN.- Y desde cuando data ese amor a Jorge?

IRENE.- Debe ser desde la primera vez que nos vimos, porque... Mire usted... Cuando nos fuimos a casa de Antoñita, Jorge no estaba allí.

DON JUAN.- Sí; se hallaba aquí en la tienda.

IRENE.- Antoñita me contó que tenía un hijo muy bueno... Me mostró su retrato... Me dijo tantas cosas de él, en todo ese día, que... En fin, hi

zo tales elogios de su hijo... que cuando en la noche, ví a Jorge, yo no sé lo que pasó por mí... Le diré la verdad purita.

DON JUAN.- Así, así me gusta, Irene.

IRENE.- Al otro día nos vinimos aquí; y he tenido ocasión de ver a Jorge a cada rato...¡Con cuánta actividad y esmero nos ha ayudado en los arreglos de la casa¡ Después he ido... ¿Se enojará usted por lo que voy a decirle?

DON JUAN.- Habla, niña; que me encanta tu franqueza.

IRENE.- Aún cuando sea malo, he de decirlo que, bajo pretexto de ver los géneros, o de necesitar algo para la casa, yo misma he ido muchas veces, a la tienda, para ver a Jorge. ¡Me gusta tanto oirlo hablar¡

DON JUAN.- Sobre todo sí te habla de...

IRENE.- (CON VIVEZA) ¡Eso no, papá¡ Solo ayer no más, me dijo que me amaba; y yo le confesé que le correspondía. "Señorita, me dijo, jamás

me habría atrevido a revelar a usted ni a nadie el secreto de mi amor, sí mi madre no me hubiera impuesto de otro secreto...

DON JUAN.- ¿Qué secreto es ese?

IRENE.- El de ser mi primo...

DON JUAN.- ¡Ah¡ ¿Entonces sabe que...

IRENE.- Ayer le dijo Antoñita que era primo hermano mío.

DON JUAN.- Voy a ver a Antoñia, pues debo hablar con ella sobre esto... ¡No haberme advertido nada¡... Mientras tanto, sé prudente, hija mía; sé prudente... Te casarás con Jorge; pero evita,por ahora, encontrarte con él... No reveles a nadie tu amor, y, sobre todo, trata de ocultarlo de Pedro. Hasta luego. (VASE)

ESCENA ONCEAVA.- IRENE.

IRENE.- ¡Te casarás con Jorge¡ Estas palabras resuenan en mis oídos de una manera deliciosa. Pero ¿por qué no he de manifestarle mi amor? ¿Es por acaso, un crimen amar a un joven tan cumpli-

do?... Y, sobre todo, me ha dicho mi papá, debo ocultar de mi tío... ¿Por qué?...

ESCENA DOCEAVA.- IRENE - JORGE.

IRENE.- ¡Jorge¡ ¿Eres tú?

JORGE.- Sí, señorita, yo...

IRENE.- Te he prohibido que me digas señorita...

JORGE.- ¡Eres adorable, prima mía¡

IRENE.- ¡Así es como me gusta¡

JORGE.- Iba a hacer una diligencia en el comercio; y al pasar por la puerta, mo pude resistir a la tentación de verte un mpmento.

IRENE.- Has hecho bien en venir... ¿Qué diligencia es esa?

JORGE.- Un encargo de mi patrón... quiero decir de mi amado padre... Déjame llamarlo así; Irene, delante de tí... ¡Tú no sabes, alma mía, cuanto es el placer q ue siento, al decir: "mi padre"¡

IRENE.- Te comprendo... Yo también he careci-

do de mi mamá.

JORGE.- Pero has tenido un buen padre, cuyo nombre llevas, mientras yo... ¡Ah! No quiero acordarme de ese tiempo... Quiero pensar solo en mi presente dicha. Tengo un padre, Irene; y, con tanto cariño he de servirle, que me permitirá llevar su nombre... Ahora soy digno de tí, y puedo esperar...

IRENE.- ¿Por acaso he necesitado saber que eres hijo de mi tío, para amarte?

JORGE.- ¡Querida Irene!

IRENE.- ¿No te lo he dicho con mis miradas, con todas mis acciones, aún antes de saber yo misma que te quería?

JORGE.- ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer tanta dicha? Me parece mentira...

IRENE.- ¡No! no! Es verdad... ¿Qué has hecho? Ser digno de mi cariño.

JORGE.- Lo seré, adorada mía; lo seré! Mi pecho pecho está tan lleno de esperanzas; y trabaja-

ré tanto por merecerte, que al fin habré de conseguirlo. Siento aquí dentro de mi mismo, ánimo suficiente para escalar una posición digna de tí... Por ahora nada puedo darte... Nada más que mi corazón, que solo por tí ha latido, y que no abrigará otro amor jamás.

IRENE.- ¡Jorge¡ ¿Tu corazón? ¿Y qué otro tesoro podrías darme, que valiera más para mí? (APARECE DON PEDRO, SIN SER VISTO, POR LA PUERTA DERECHA; Y SE ENCAMINA TIRITANDO DE RABIA, Y COMO CONTENIENDOSE, HACIA LOS INTERLOCUTORES) ¡Te juro, por lo más sagrado, no ser de nadie sino tuya¡

ESCENA TRECEAVA.- DON PEDRO - IRENE - JORGE.

DON PEDRO.- ¡Tuya¡ ¡Tuya¡

IRENE.- ¡Mi tío¡

JORGE.- ¡Ah¡ Señor¡

DON PEDRO.- ¡Yo me vuelvo loco¡ (A IRENE) Mujer embustera, veleidosa, desleal, traidora, coqueta, ingrata, que desconociendo mis bene-

ficios...

IRENE.- ¡Tío, por Dios¡

DON PEDRO.- ¡No soy tu tío¡ No quiero ser tío ni nada de la que, halagándome, me ha hundido en el infierno¡ (A JORGE) Y tú, también, miserable¡ Traicionando a tu protector? (SE ENCAMINA HACIA EL, AMENAZANDOLO) Vete, vete al momento, pues, de lo contrario, no respondo de mí¡ (A IRENE, QUE LLORA, SENTADA EN UNA SILLA) ¡Sí¡ Llora¡ Llora¡ que aún cuando lloraras lágrimas de hiel, no serían tan amargas como las que, gota a gota, caen sobre mi corazón. ¡Ingrata¡ Esa silla en que estás sentada, por tí y para tí la compré... Todos estos adornos que yo no necesito, para darte gusto los he comprado... Por tí he hecho sacrificios de que yo mismo me admiro... Te he dado mis sudores, mis fatigas, mi vida... Te he hecho gozar con mis dolores... Y todo ¿para qué?... Para que te rías de mí... (TEMBLANDO Y APOYANDOSE EN UNA SILLA) ¡Oh¡ ¿Qué

es esto que siento?... No sé lo que tengo... Se me va la cabeza... No veo... ¡Yo me muero¡ (SE DESPLOMA CASI EXANIME, SOBRE UNA SILLA).

IRENE.- ¡Jorge¡ ¡Un médico¡ (VA A LA PUERTA IZQUIERDA, Y LLAMA) Nicolasa¡ Carmen¡ Vengan, pronto¡ (VASE JORGE CORRIENDO).

T E L O N

ACTO TERCERO.- La misma decoración que en el segundo acto.-

ESCENA PRIMERA.- IRENE.

IRENE.- ¡Pobre tío de mi alma¡ El peligro que ha corrido su vida me ha tenido fuera de mí... Mis zalamerías, sin duda, le hicieron creer que mi cariño iba más allá que el de sobrina... No hay duda de que me amaba de veras, cuando tanta impresión le hizo el ver que yo estaba prendada de Jorge... ¡Cinco semanas en cama¡

Tal vez un joven no habría sentido tanto el desengaño, mayormente ahora, que, según dice Antoñita, nadie se muere de amor. Por fortuna, ya ha comenzado a restablecerse; y yo lo cuidaré tanto, que le haré olvidar el sentimiento que involuntariamente le causé. Pero ¿olvidará él esto hasta el punto de mirar con buenos ojos mi matrimonio con Jorge?

ESCENA SEGUNDA.- IRENE - ANTONIA, (VESTIDA DE LEGO FRANCISCANO).

IRENE.- ¡Antoñita¡ ¿Se levantó mi tío? ¿Cómo ha amanecido?

ANTONIA.- Muy bien, hijita, gracias a Dios. Le llevé el chocolate a la cama; y, en cuanto lo tomó, me dijo: "Me siento otro, hermano Pablo... Ahora sí que tengo fuerzas para levantarme". Lo he dejado vistiéndose.

IRENE.- ¡Ah¡ Cuánto le tenemos que agradecerle a usted, Antoñita¡

ANTONIA.- No digas eso, Irene.

IRENE.- ¡Trasnochar tres semanas seguidas¡ Si no hubiera sido por usted...

ANTONIA.- Después de Dios, hijita... Eso y más estaré siempre dispuesta a hacer por tu tío. No te acuerdes de eso, Irene. Ya sabes que, en cuanto él cayó a la cama, yo misma forme el proyecto de disfrazarme con estos hábitos, para venir a cuidarlo. Ahora es cuando he conocido que mi amor no se ha entibiado, ni se enfriará jamás, a pesar de haber sufrido tantos años de desprecio (LLORA)

IRENE.- (CONSOLANDOLA) ¡Ah¡ No llore usted,por Dios¡ En cuanto mi tío se restablezca por complato, yo se lo diré todo.

ANTONIA.- No, Irene, no¡ Nada le digas... He sufrido su desprecio, considerándolo como un castigo del cielo, por mi falta. Tú no sabes, hija mía, cuan culpable fuí, con faltar a mis deberes. Mi madre murió de pena, cuando supo mi desgracia; y yo entonces traté de ocultar

mi vergüenza. No me quedó más amparo que el de mi hermano Sebastián, un hijo del primer matrimonio de mi padre; pero mi pobre hermano podía hacer bien poco por mí, pues, además de su pobreza, se hallaba entonces perseguido por el Gobierno, a consecuencia de haberse metido en una revolución. Casí me morí... Pero Dios tuvo compasión de mí; y la vista de mi hijo, me daba ánimo y fuerzas para trabajar. Me hice lavandera; y con esto, he atendido a la educación de Jorge. ¿No es verdad que mi Jorge es un mozo cumplido?

IRENE.- Sí, Antoñita. Pocos jóvenes habrá en Santiago, de igual mérito a mi primo,

ANTONIA.- ¿Tu primo, dices? ¡Gracias, hijita¡ (LA BRAZA).

IRENE.- ¿Y por qué había de negarlo? Estoy orgullosa de un pariente, cuyo buen corazón y nobles sentimientos conozco.

ANTONIA.- ¡Alma mía¡ No sabes tú cuánto bien

me hacen tus palabras. ¡Eres muy buena, Irene¡

IRENE.- Sobrina quiero que usted me llame.

ANTONIA.- ¡Sí¡ Sobrina, hija mía¡

IRENE.- Dice usted bien, Antoñita... Soy su hija. Amo a Jorge, y tengo la dicha de saber que él también me ama.

ANTONIA.- Me haces muy feliz, Irene. ¿Qué son mis pasadas desgracias comparadas con esta dicha de ver a mi hijo amado por una niña como tú? Mira: cuando alguna persona distingue a mi Jorge, me dan ganas de acercarme a ella, y decirle: Usted estima a mi hijo; dígame ¿en qué puedo yo servir a usted?

IRENE.- ¡Pero, si es tan digno de ser amado¡

ANTONIA.- Dios te lo pague, tienes razón, hijita,,, tan noble, tan bueno, tan atento y cariñoso con su madre... Es mi alhaja, mi tesoro, Irene¡ Todas mis aspiraciones se han reducido a hacer que su padre llegue a amarlo; aún sin conocerlo como hijo; que después... Por eso

fue que sin decirle a él quién era su padre, conseguí, por conducto de una amiga mía, que Pedro lo admitiera como dependiente.

IRENE.- Yo creo que mi tío lo estima; y cuando sepa cuan bien se ha conducido, mientras ha regentado el negocio, lo querrá más. Con todo, creo que, después de lo que ha pasado, se opondrá a mi matrimonio con Jorge.

ANTONIA.- Dios obrará hija mía... Esperemoslo todo de su bondad. Voy a ver si Pedro se ha acabado de vestir. Me dijo que quería pasar a esta pieza.

IRENE.- Está bien, Antoñita. Traigalo aquí.. Pero lo que no alcanzo a comprender es cómo él no ha conocido que usted está disfrazada.

ANTONIA.- Ya ves tu como he aprendido a llevar el hábito de San Francisco. Y luego estas manchas que son a propósito; he cubierto mi cara, con un lunar en la mejilla hecho con pez... Estoy irreconocible, mayormente para él, que es

medio cegatón... Cierto es que, a veces se me olvidaba cambiar la voz; y entonces él me miraba con unos ojos, que... Una de estas noches, me preguntó si yo tenía una hermana. Le contesté que no; y entonces él insistió en preguntarme si entre mis parientes, había alguna niña de nombre Antonia.

IRENE.- ¿Sospechará algo?

ANTONIA.- Es el metal de mi voz, que no siempre he podido variar, lo que talvez le ha dado por sospechar. Yo le dije que era peruano, y que toda mi familia residía en Lima. El se calló, dando un suspiro, que me llegó al alma, y no volvió a tocar más el asunto. Esa noche lo pasó en un continuo delirio, y lo oí pronunciar mi nombre repetidas veces.

IRENE.- Claro está, que la ama todavía.

ANTONIA.- Eso solamente Dios lo sabe.

IRENE.- Ahora dígame: ¿Sabe usted el objeto de este repentino viaje de mi padre a Rancagua?

ANTONIA.- Presumo que haya ido a buscar a mi hermano.

IRENE.- Yo recibí ayer una carta de él, en la que me dice que hoy llegará... (SE OYE ADENTRO LA VOZ DE DON PEDRO, QUE DICE: Fray Pablo¡ Hermano Pablo¡).

ANTONIA.- Me llama. Voy allá. (VASE)

ESCENA TERCERA.- IRENE.

IRENE.- Este viaje de mi papá, tan repentino¡ ¿A qué habrá ido a Rancagua? Pero alguién ha llegado al patio... ¿Sí será él? (ASOMANDOSE) ¡El es¡ Papacito¡ Bien dicen que cuando una se acuerda del Rey de Roma...

ESCENA CUARTA.- IRENE - DON JUAN.

DON JUAN.- ¡Luego asoma¡ ¿Con que te acordabas de mí?

IRENE.- ¡Y me lo pregunta usted¡ ¿A qué vino eso de dejarnos solos tan de repente?

DON JUAN.- He tenido que buscar a un hombre, hija mía, y lo he encontrado.

IRENE.- Es decir que usted ha sido más feliz que Diójenes.

DON JUAN.- Mucho más¡ Encontré mi hombre, sin tener que encender lámpara a medio día.

IRENE.- ¿Y qué hombre es ese?

DON JUAN.- Uno que necesitamos aquí mucho. Lo he dejado en casa de Antonia; y yo he venido a ver si conviene que se presente. ¿Cómo está Pedro?

IRENE.- Ha amanecido hoy muy bien, papá.

DON JUAN.- ¿Ha conocido el engaño?

IRENE.- No, papá. Luego ha de venir aquí con Antoñita, que todavía está vestida de lego franciscano.

DON JUAN.- ¡Ja¡ ja¡ ja¡ ¡Fray Pablo¡ Voy a verlo. (AL QUERER SALIR, SE ENCUENTRA CON DON PEDRO, QUE VIENE LENTAMENTE, SOSTENIDO POR ANTONIA).

ESCENA QUINTA.- DICHOS: DON PEDRO - ANTONIA.

DON JUAN.- Pedro¡ ¡Qué guapo te veo, hermano

mío¡

IRENE.- ¿Cómo se siente usted, tío?

DON PEDRO.- Me siento bien, gracias a Dios. Yo creo venir de vuelta del otro mundo. (A DON JUAN) ¿Has andado a caballo, Juan? Te veo con espuelas.

DON JUAN.- Acabo de llegar de Rancagua; y he galopado de lo lindo, para llegar pronto, porque te traigo una buena noticia.

DON PEDRO.- ¿A mí?

DON JUAN.- Sí, Pedro, prepárate para recibir un gustazo. (A ANTONIA) Y usted fray Pablo, ¿cómo lo pasa?

ANTONIA.- Muy bien, a Dios gracias.

DON PEDRO.- (APARTE A DON JUAN: Es un santo hombre¡... ¡Un Santo¡)

DON JUAN.- Ya lo sé¡

DON PEDRO.- Si no hubiera sido por sus cuidados... ¡Vaya¡ No tengo con que pagarle a mi buen amigo el padre Cáceres, que me mandó a

fray Pablo... Pero ¿que gustazo es ese de que me hablabas?

DON JUAN.- Luego lo sabrás. Después de galopar sin descanso, de Seca en Meca, he dado por fin con uno de tus deudores...

DON PEDRO.- Tengo tantos; Hay muchos que se me han alzado con el santo y la limosna.

DON JUAN.- Pero este, lejos de estar alzado, viene él mismo a pagarte...

DON PEDRO.- ¡Santa palabra; ¿En dónde está?

DON JUAN.- Luego te lo traeré: pero ya te digo que te prepares...

DON PEDRO.- Para recibir lo que se me debe, estoy siempre muy preparado. ¡Ojalá todos mis acreedores fuesen tan cristianos como éste;

DON JUAN.- Y además quiere ser tu amigo.

DON PEDRO.- Desde que trata de pagarme, puede contar con mi amistad.

DON JUAN.- Y te pagará todo, con sus respectivos intereses.

DON PEDRO.- Entonces ya comienzo a quererlo. Ve a buscarlo, Juan.

DON JUAN.- Voy allá. (VASE, Y ANTONIA LO SIGUE)

ESCENA SEXTA.- DON PEDRO - IRENE.

IRENE.- ¿Qué desea tomar, tífto?

DON PEDRO.- No me digas así, Irene... No quiero acordarme...

IRENE.- ¿Entonces no me permite quererlo?

DON PEDRO.- ¿Digo yo eso? No, hijita... Ahora, no sé porque he menester, más que antes, de que alguien me quiera. Te aseguro que si un deber no obligara a este bueno de fray Pablo a residir en un convento, le propondría que se viniera a vivir conmigo.

IRENE.- ¡Es tan bueno¡

DON PEDRO.- Es más que bueno... Es santo... No se ha separado un momento de mi cabecera. Ha soportado, con admirable paciencia, mis genialidades de enfermo... He tenido sueños terribles; y yo no sé qué habría sido de mí, si al

despertar me hubiese encontrado solo... Pero no era así... porque, al volver de aquel mundo de ilusiones forjadas por la fiebre, me encontraba con la cariñosa sonrisa de fray Pablo... Dormía sentado sin desvestirse; y en balde le rogaba yo que se recostase... ¡Ah¡ Sobrina mía¡ Yo no tengo con qué pagarle a este santo hombre¡

IRENE.- No hable usted de eso... El mismo me ha dicho que no lo hace tales servicios por dinero...

DON PEDRO.- ¿Eso ha dicho?

IRENE.- No recibirá nada.

DON PEDRO.- ¡Santo Dios¡ Ese hombre es adorable¡ Que no recibirá nada por sus trasnochadas y sacrificios? Merece ser querido¡... ¡Canonizado, merece ser¡ ¡Sí¡ Vénganme ahora con los Santos del Año Cristiano y qué sé yo... ¡Este sí que es Santo¡ Pero por más divino que sea, es menester darle para cigarros, pues el abad

de donde yanta...

IRENE.- Ya le digo que no recibirá...

DON PEDRO.- Pero eso no puede ser... Tú misma le harás un regalito, diciéndole que si yo no estuviera tan atrasado... Dios mío¡ Y luego esas cuentas del médico y de la botica que habré de pagar... Aquella mesa está llena de botellas y frascos, y... Díme ¿han llevado cuenta de las visitas del médico?

IRENE.- No, tío; pero...

DON PEDRO.- ¡Oh¡ Eso no está bien¡ Es preciso arreglo en todo, pues, de lo contrario... Quiero ver como marcha el negocio... Voy a la tienda...

IRENE.- No se moleste tío... Yo llamaré a Jorge. (TIRA EL CORDON DE LA CAMPANILLA)

DON PEDRO.- ¿Qué es eso?

IRENE.- He llamado con la campanilla...

DON PEDRO.- ¡Cómo¡ ¿han puesto campanilla?

IRENE.- Es más cómodo, tío.

DON PEDRO.- Sí, más cómodo; pero más costoso. Ese es un gasto inútil; y los tiempos no están para arrojar el dinero a la calle.

ESCENA SEPTIMA.- DICHOS - JORGE.

JORGE.- La campanilla ha sonado; y vengo a... ¿Cómo está usted, señor?

DON PEDRO.- Me voy mejorando poco a poco... ¿Y tú? ¿Cómo ha ido la venta, durante mi enfermedad?

JORGE.- Muy bien, señor.

DON PEDRO.- Veamos el libro.

IRENE.- Tranquilícese usted. Después verá eso.

DON PEDRO.- Quiero verlo luego... Tráeme el cuaderno de apuntes, Jorge.

JORGE.- Voy, señor. (VASE)

ESCENA OCTAVA.- DON PEDRO - IRENE.

DON PEDRO.- Temo que aquello esté como madeja sin cuerda.

IRENE.- No, tío... Jorge es un joven inteligente, que...

DON PEDRO.- ¡Buena defensora tiene Jorge, en tí¡ (APARTE: ¡Lo que siento es no poder despedirlo, por ahora¡)

IRENE.- Yo no hago más que repetir lo que todos dicen de su dependiente.

DON PEDRO.- ¡Todo el mundo¡ Ese señor todo el el mundo es un caballero con quien tratamos siempre de testificar todo cuanto queremos hacer creer a los demás.

ESCENA NOVENA.- DICHOS - JORGE (TRAE 2 LIBROS)

DON PEDRO.- ¿Qué libros son esos? Te he dicho los cuadernos de apuntes.

JORGE.- Estos son, señor.

DON PEDRO.- ¿Y con qué orden has comprado estos libros de lujo, que...

JORGE.- Voy a explicar a usted...

DON PEDRO.- ¡Este es un abuso inexplicable¡... Como tú no haces el gasto...

JORGE.- Los he comprado con mi sueldo...

DON PEDRO.- Está bien: pero aún así no me gus-

ta el desparpajo... Yo debo irte a la mano, cuando hagas gastos inútiles... Mi deber es enseñarte a vivir en el mundo... Ahora vete, que no es bueno que aquello quede solo.

JORGE.- Está el dependiente en la tienda...

DON PEDRO.- ¿Dependiente?

JORGE.- Me he visto en la necesidad de tomar uno que me ayude.

DON PEDRO.- Pero ¿no bastabas tú? ¿Quieres arruinarme?

JORGE.- Al contrario, señor... Era preciso dejar la tienda en manos de un buen dependiente, mientras yo iba a Valparaíso...

DON PEDRO.- ¿A Valparaíso? ¿Y qué diablos tenías que hacer allá?

IRENE.- Déjelo hablar, tío, y verá cómo Jorge se ha conducido...

DON PEDRO.- Siempre defendiendo a... Déjanos solos, sobrina. (VASE IRENE)

ESCENA DECIMA.- DON PEDRO - JORGE.

JORGE.- Oigame, señor, un momento.

DON PEDRO.- Vamos a ver. Te escucho.

JORGE.- Viendo yo que no convenía comprar en Santiago algunes artículos, he ido a buscarlos a Valparaíso.

DON PEDRO.- ¿Y?

JORGE.- Y he traído buenas cantidades de azúcar y de yerba, que aquí he despachado con muy buen provecho.

DON PEDRO.- ¿De veras?

JORGE.- En el último viaje, nos juntamos tres amigos, y compramos un cargamento de añil...

DON PEDRO.- ¡Jesucristo¡ Y cabrá en la tienda ese cargamento?

JORGE.- Antes de llegar a Santiago yo, ya nuestro dependiente había tratado más de la mitad.

DON PEDRO.- ¿Y después?

JORGE.- Después se ha vendido el resto, dejando un provecho de más de un veinte por ciento.

DON PEDRO.- ¡Por Dios¡ ¿Será verdad?

JORGE.- Vea usted el libro (LO ABRE); Mire usted... Aquí está la venta de la primera semana, cuando usted cayó enfermo.

DON PEDRO.- Sí; ya veo. Suma mil trescientos quince pesos siete reales y un cuatillo... La semana siguiente es de tres mil ciento cuarenta... Y la otra sube de seis mil¡

JORGE.- Vea la cuarta semana.

DON PEDRO.- (LEYENDO) Nueve mil seiscientos treinta y cinco pesos, dos reales... ¡Portentoso¡ Y la que sigue suma más de once mil... ¡Santa María¡ (APARTE: ¡Este muchacho vale más que el Santo lego¡) Es decir, que hay en caja...

JORGE.- Veintidos mil seiscientos pesos...

DON PEDRO.- ¿Y la tienda?

JORGE.- Está llena de mercaderías.

DON PEDRO.- ¡Mejor que mejor¡ Pues entonces, a saldar pronto todas las cuentas que debemos, para ahorrar intereses.

JORGE.- Están pagadas todas las cuentas. Aquí

tiene usted los pagarés cancelados.

DON PEDRO.- ¡Esto es delicioso¡ Todas las cuentas canceladas... De modo que sólo quedan las del médico y la botica...

JORGE.- También está pagado todo eso, señor. La casa no debe nada.

DON PEDRO.- ¡No debe nada¡... Y hay más de veintidos mil pesos en caja... y la tienda repleta de mercaderías... ¿Estoy soñando? (MIRA DE HITO EN HITO A JORGE) Díme, hombre ¿quién eres tú?

JORGE.- Yo soy Jorge, señor don Pedro... Soy su servidor...

DON PEDRO.- ¡No¡ ¡No¡ Ja¡ ja¡ ja¡ jaá¡¡ Tú no eres Jorge a secas. Tú, desde ahora eres Don Jorge... Tú no mereces ser mi servidor, sino mi patrón... ¡Ja¡ ja¡ ja¡ jaá¡... ¡Qué tesoro de muchacho¡ Perdóname esas palabras que te dije...

JORGE.- Al contrario, señor; es usted el que ha de perdonarme que yo haya expuesto talvez sus capitales...

DON PEDRO.- No, hijo mío, no¡ Porque, como dice mi reverendo lego el padre Cáceres: "finis coronat opus", que, según se me ocurre, significa que, en ganando, está coronada la obra... Ven acá... Dáme un abrazo (JORGE LO ABRAZA) Mira, hombre¡ Te quiero como si fueras hijo mío¡

JORGE.- (CONMOVIDO) ¡Ah¡ señor¡ Yo también...

DON PEDRO.- Pero ya que no soy tu padre seré tu tío... ¡Irene¡ ¡Sobrina¡ ¿Qué se ha hecho esta muchacha? ¡Ven acá¡... ¡Veintidos mil pesitos, y la tienda llena¡... ¡Ven, Irene¡

ESCENA ONCEAVA.- DICHOS e IRENE.

IRENE.- Aquí estoy, tío.

DON PEDRO.- Ven a darle un abrazo a tu Jorge.

JORGE.- ¡Gran Dios¡

IRENE.- Tío, por Dios¡ ¿Qué es esto?

DON PEDRO.- Una mujer debe abrazar a su marido ... Porque Jorge es tuyo... Yo quiero que te cases con él... (A JORGE) Y tú, hombre¡ ¿Qué haces ahí, como estaferno que no abrazas a tu

mujercita?... ¡Acérquense aquí¡... Aquí¡

IRENE.- (ACERCANDOSE A DON PEDRO) ¿Será verdad?

JORGE.- (SIGUIENDO A IRENE) ¡No sé lo que me pasa¡

DON PEDRO.- (ABARCANDO ENTRE SUS BRAZOS A LOS DOS JOVENES, LOS REUNE) ¡Así me gusta¡ ¡Así¡ Yo quiero que los dos vivan aquí conmigo: Irene de dueña de casa, y Jorge, a cargo del negocio... ¡No es nada¡ ¡Veintidos mil pesos, y todas las deudas canceladas, y la tienda llena, de yapa¡... ¡Es cosa de llorar de risa¡

ESCENA DOCEAVA.- DON PEDRO - IRENE - JORGE + DON JUAN - SEBASTIAN (TRAE LA CABEZA ATADA CON UN GRAN PAÑUELO)

DON JUAN.- Aquí tienes al deudor, Pedro¡

DON PEDRO.- ¿EL deudor?... Yo no conozco al señor. ¿Qué es lo que usted me debe?

SEBASTIAN.- La tranquilidad, señor don Pedro, que yo le quité, sin saberlo.

DON PEDRO.- Es decir, que usted viene a pagar en dinero esa tranquilidad que...

SEBASTIAN.- Vengo a devolvérsela, señor mío.

DON PEDRO.- ¡Pues estamos frescos¡ Yo creía que me traía sonante.

DON JUAN.- Es mejor que dinero sonante lo que te trae, hombre¡

DON PEDRO.- ¿Mejor? Mucho lo dudo.

DON JUAN.- Oye y verás; pero no te sorprendas.

DON PEDRO.- Este es el día de las sorpresas. ¡Ojalá fuese como la que me acaba de dar Jorge¡

JORGE.- La que usted me ha dado vale más señor¡

IRENE.- Yo, por mí, digo lo mismo. (APARTE A JORGE) ¡Cuánto te amo¡

JORGE.- (APARTE A IRENE) Y yo, Irene, no tengo palabras con que expresarte mis sentimientos.

DON PEDRO.- Veamos ahora lo que el señor tiene que decirme.

SEBASTIAN.- Yo, señor don Pedro, soy Sebastián Pereda...

DON PEDRO.- ¿Pereda?

SEBASTIAN.- Hijo de don José Pereda...

DON PEDRO.- ¡Ah¡ Don José. Sólo tenía una hija.

SEBASTIAN.- Mi hermana Antonia era del segundo matrimonio de mi padre, y yo, del primero. (SE QUITA EL PAÑUELO DE LA CARA)

DON PEDRO.- ¡Es el mismo¡ ¿Usted es hermano de Antonia?

SEBASTIAN.- Medio hermano, señor.

DON PEDRO.- No me diga más...

SEBASTIAN.- Ahora solamente he venido a saber que fue usted quien me sujetó de la manta, a tiempo de subir yo sobre la tapia de la huerta...

DON PEDRO.- ¡Dios mío¡ ¡Y yo he sido capaz de dudar de ella¡

DON JUAN.- Ya ves, hermano mío, que has sido injusto con Antonia, que merece ser querida y respetada, pues, a pesar de la pobreza en que la hundió su mala suerte, ha podido criar y educar bien a tu hijo.

DON PEDRO.- ¡Ah¡ ¡Mi hijo¡

DON JUAN.- Tu hijo, Pedro, del cual estarías orgulloso, si lo vieras¡

DON PEDRO.- ¡Hermano mío¡ ¡Quiero ver a mi hijo¡... Quiero ver a Antonia... Ve a buscarla, para que me perdone...

ESCENA TRECEAVA.- DICHOS - ANTONIA VESTIDA, COMO ANTES, DE LEGO FRANCISCANO.

ANTONIA.- ¡Aquí me tienes, Pedro¡ Ya no me acuerdo de nada.

DON PEDRO.- ¡Fray Pablo¡¡

DON JUAN.- Es tu esposa, hombre¡ que, deseosa de cuidarte, en tu enfermedad, se ha disfrazado...

DON PEDRO.- ¡Ah¡

ANTONIA.- (SE QUITA EL DISFRAZ) ¿Me conoces ahora?

DON PEDRO.- ¡Sí, te conozco, alma mía¡... Mejor dicho, te he conocido, desde muchos días ha... Yo no sabía qué pensar; pero cada vez que te oía hablar, me llegaban tus palabras has

ta el corazón... ¡Ah¡ tú has sido mi ángel¡...
¿Me perdonas?

ANTONIA.- No hablemos de eso...

DON PEDRO.- ¡Sí¡ Hablemos¡ Hablaremos de mi hijo¡ De nuestro hijo, Antonia... ¿Cómo se llama?... ¿En dónde está? ¿Por qué no lo trajiste, Antonia?

ANTONIA.- Aquí lo tienes... ¡Jorge¡ ven a abrazar a tu padre¡

DON PEDRO.- ¡Jorge¡... Eras tú?... ¡Abrázame¡ (JORGE LO ABRAZA) ¡Más fuerte, hombre¡ ¡Más fuerte¡ (A SEBASTIAN) Amigo mío¡ Hermano mío¡ Esto se llama pagar en regla... ¡No he tenido en mi vida un día como este¡ Juan, hermano mío, te pido la mano de tu hija Irene, para mi señor hijo, don Jorge de Pimentel y Pereda.

DON JUAN.- ¡Concedido¡

DON PEDRO.- (APARTE: ¡No es nada¡ La caja llena, las deudas canceladas, la tienda repleta, mi Antonia que es una Santa, y mi hijo una al-

haja¡) ¡Jorge¡... ¡No¡ Señor don Jorge¡ honreme usted con otro abrazo¡ (LO ABRAZA)

DON JUAN.- Pero, hermano mío, ¿no habrá más que una boda?

DON PEDRO.- Habrá dos bodas.¡ ¡Sí, señor¡ ¡Yo también me casaré¡

DON JUAN.- ¡Bravísimo¡ ¡Vivan los novios y los padrinos¡ Habrá dos bodas, y dos convites, y dos bailes, y dos...

DON PEDRO.- ¿Qué dices, hombre?

DON JUAN.- Que todo ha de ser doble, desde el pavo mechado hasta el mosto de Concepción, sin olvidar el buen Champaña... ¡Todo por duplicado¡

DON PEDRO.- Ya te volviste loco, Juan¡ Atiende a que...

DON JUAN.- Nada tienes que advertirme, hermano, pues yo me lo valgo para estos asuntos... ¡Todo ha de ser doble¡... ¡Ojalá pueda conseguir con el cura que se ponga dos capas de coro¡

DON PEDRO.- ¡Juan, por la Virgen¡

DON JUAN.- Déjalo a mi cuidado... Habrá campaneo y repiqueteo hasta ensordecer... ¡Voy a dar mis ordenes¡ (SE DIRIGE HACIA LA PUERTA DEL FONDO)

DON PEDRO.- ¡Oye, hombre de Dios¡... Pero no mucha. (A ANTONIA) Ahora eres tú, hijita, la dueña de casa; y tu obligación es cuidar lo que tenemos... No le hagas caso a Juan, porque es un loco de atar... (BAJANDO LA VOZ) ¡Cuida, Antonia, de que no se gaste nada inutilmente, y te querré mucho¡

C A E E L T E L O N
